

#57 / 2025 ENERO

# arteka



**LA GUERRA POR  
EL COMUNISMO**

**GEDAR**



**C**ontra la especulación socialdemócrata, que aspira a conquistar las estructuras de poder de la burguesía y usarlas en su propio beneficio, creemos que no hay mejor argumento que el de la cruda realidad. En el presente número analizamos diferentes experiencias revolucionarias desde el punto de vista de su contenido militar. Porque, si hay un ingrediente esencial del comunismo, ese es el de la lucha por la conquista del poder político y la destrucción de las capacidades políticas del enemigo de clase, como condición para la creación de una nueva sociedad no sostenida sobre la explotación. Toda duda, toda reflexión abierta a emplear esas capacidades políticas del enemigo de clase, es otra forma de abdicar de la revolución socialista

# Contenido

---

**6**

---

**10**

---

**24**

---

**38**

---

**EDITORIAL**

*Arteka*

**La guerra por el  
comunismo**

---

**COLABORACIÓN**

Etsai

**Barriendo lo viejo,  
creando lo nuevo**

---

**COLABORACIÓN**

X. G. Axpe

**Disolviendo el estado:  
varios retos de la  
Revolución Rusa**

---

**COLABORACIÓN**

Miguel García

**Al calor de la lucha:  
construcción y estrategia  
militar en los partidos  
comunistas**

# La guerra por el comunismo

---

## Editorial

Uno de los escritos más famosos de Lenin, *El Estado y la revolución*, nunca pudo ser concluido. Hacia el final del escrito, Lenin corta abruptamente la redacción, por motivo de la crisis política que había estallado en la víspera de la Revolución de Octubre, y concluye que el final del escrito tendrá que aplazarse indefinidamente, pues “es más agradable y provechoso vivir la ‘experiencia de la revolución’ que escribir acerca de ella”.

En *El Estado y la revolución*, Lenin analiza la teoría marxista del poder político, empleando para ello material histórico de la experiencia de la Comuna de París y los ensayos políticos escritos por Marx a cerca de aquella gran experiencia revolucionaria del proletariado, así como el folleto sobre el Estado redactado posteriormente por Engels, entre otros.

En un primer vistazo, podría decirse que es uno de los pocos escritos de Lenin dedicados exclusivamente a la teoría, sobre todo si se lo compara con la cantidad de escritos que legó para la posteridad; un folleto imperecedero, sin aparente relación con la táctica política coyuntural desarrollada por el Partido Bolchevique. Sin embargo, en cierta manera, el final abrupto nos pone en nuestro lugar: la cuestión del poder político era una cuestión de enorme actua-

***La prueba más fehaciente de la relación de Lenin con la teoría, como elemento subordinado a la práctica socialista y siempre a su servicio, la encontramos en el vacío que quedó al final de "El Estado y la revolución", final que postergó para siempre***

lidad, y su clarificación, un imperativo para un Partido Comunista que aspiraba a tomar el poder mañana mismo. La prueba más fehaciente de la relación de Lenin con la teoría, como elemento subordinado a la práctica socialista y siempre a su servicio, la encontramos en el vacío que quedó al final de *El Estado y la revolución*, final que postergó para siempre.

## ***Mientras los socialdemócratas discuten cómo organizarán el Estado, la Policía y el ejército cuando alcancen el poder del Gobierno, los comunistas y los revolucionarios piensan, en cambio, cómo se destruyen todos y cada uno de ellos, pues es ese, y no otro, el objetivo de la revolución***

El contenido del folleto es conocido. En él, Lenin afirma que la tarea de la revolución socialista consiste en abolir el Estado capitalista, y eso significa abolir la Policía, el Ejército permanente y la burocracia, tarea que tan solo puede llevarse a cabo mediante la organización del “pueblo en armas”, cuya condición es la dictadura del proletariado. Así, el Estado capitalista se abole únicamente mediante la organización democrática de la sociedad, a conquistar por medio de la lucha organizada del proletariado y la extensión de su dictadura, con el fin de incorporar al conjunto de los individuos a una nueva forma organizativa donde la cuestión pública no sea un ámbito de la división del trabajo capitalista, ámbito especial y excluyente de la política y la dominación de clase, necesaria e inevitablemente copado por burócratas.

Sin embargo, más allá del programa político, el folleto nos presenta una situación de guerra total contra el enemigo. Valiéndose de la teoría del poder político, Lenin desarrolla su objetivo de organizar al proletariado para una lucha a muerte contra la burguesía y la sociedad capitalista. No es, desde luego, una reflexión sosegada e inofensiva, ni nada por el estilo. Mientras los socialdemócratas discuten cómo organizarán el Estado, la Policía y el ejército cuando alcancen el poder del Gobierno, los comunistas y los revolucionarios piensan, en cambio, cómo se destruyen todos y cada uno de ellos, pues

es ese, y no otro, el objetivo de la revolución. De lo contrario, bastaría con una serie de reformas acumulativas, tal y como reivindican los reformistas.

La diferente situación de unos y otros –socialdemócratas y comunistas– se corresponde con la divergencia en el pensamiento y en las tareas que se encomiendan a sí mismos. Así, mientras que los socialdemócratas piensan en qué harán con las fuerzas políticas de la burguesía una vez habiendo “triunfado”, a los comunistas no les queda sino pensar en cómo destruirlas, si quieren seguir existiendo.

Ese último pensamiento es el que se corresponde con un movimiento revolucionario, y con la realidad que se abre paso frente a todo movimiento que aspira a transformarla. ¿Cómo podrían los bolcheviques pensar en qué hacer con las estructuras de poder legadas por la autocracia y posterior gobierno burgués, si se estaba desarrollando ante ellos una guerra que sólo podía concluir destruyendo por completo al enemigo o pereciendo? ¿A alguien se le ocurre que los comunistas chinos, en plena guerra civil contra el Kuomintang, se pararían a pensar en cómo se reorganiza la fuerza pública del enemigo tras la victoria? Un Partido Comunista que, por otro lado, era en gran parte un ejército para la guerra contra el enemigo, organizado para destruirlo.

***¿Cómo podrían los bolcheviques pensar en qué hacer con las estructuras de poder legadas por la autocracia y posterior gobierno burgués, si se estaba desarrollando ante ellos una guerra que sólo podía concluir destruyendo por completo al enemigo o pereciendo?***

Muchas veces, los grandes revolucionarios han evitado realizar reflexiones sobre la sociedad futura, entrar en concreción sobre las formas organizativas que adquirirá, etc., alegando que ciertas cuestiones prácticas sólo pueden ser resueltas cuando el propio movimiento práctico se enfrenta a las mismas. Un ejemplo paradigmático es el del descubrimiento de la forma política que corresponde a la emancipación del trabajo, en la experiencia de la Comuna de París, décadas más tarde de haber formulado la toma del poder político como objetivo inmediato del proletariado. Podemos añadir, además, que las fantasías del futuro, las especulaciones filosóficas, son características que no corresponden a los revolucionarios, pues estos centran sus fuerzas en la revolución, en destruir la dominación del enemigo, en lo realmente existente (El Capital, según Marx, era “el misil más terrible que se ha lanzado hasta ahora a las cabezas de la burguesía”). Tales fantasías y especulaciones tan solo se las permiten quienes saben que van a sobrevivir, y no se enfrentan a los peligros que conlleva querer subvertir el orden existente por la única vía posible, la revolucionaria.

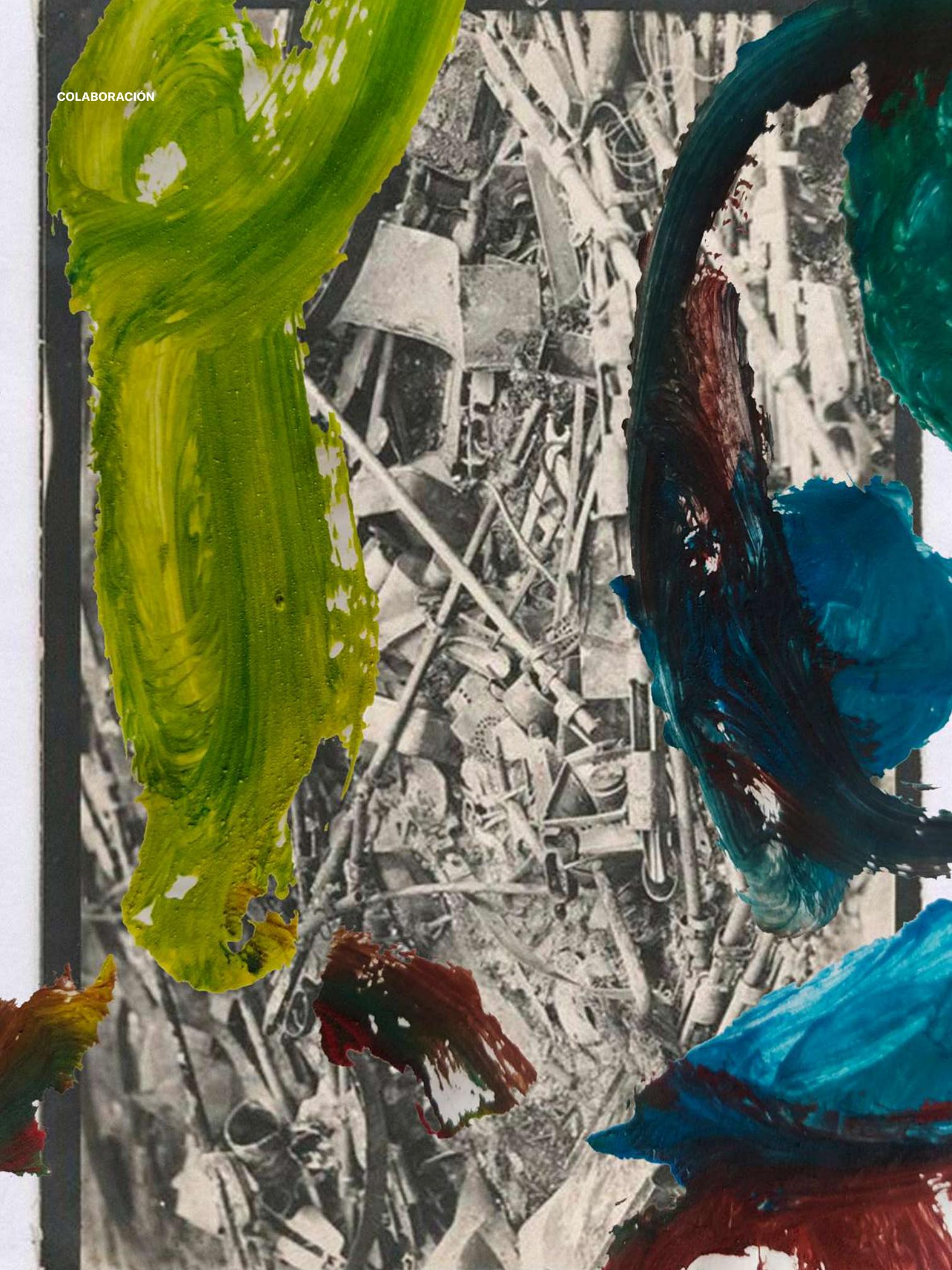
Por ello, contra la especulación socialdemócrata, que aspira a conquistar las estructuras de poder de la burguesía y usarlas en su propio beneficio, creemos que no hay mejor argumento que el de la cruda realidad. En el presente número analizamos diferentes experiencias revolucionarias desde el punto de vista de su contenido militar. Porque, si hay un ingrediente esencial del comunismo, ese es el de la lucha por la conquista del poder político y la destrucción de las capacidades políticas del enemigo de clase, como condición para la creación de una

***Las fantasías del futuro, las especulaciones filosóficas, son características que no corresponden a los revolucionarios, pues estos centran sus fuerzas en la revolución, en destruir la dominación del enemigo, en lo realmente existente***

nueva sociedad no sostenida sobre la explotación. Toda duda, toda reflexión abierta a emplear esas capacidades políticas del enemigo de clase, es otra forma de abdicar de la revolución socialista.

Asimismo, analizamos las formas comunitarias de organización que se generan en el proceso de lucha por la conquista del poder político. Formas que pueden prefigurar una sociedad futura, pero que surgen de manera subordinada al impulso político por la toma del poder, y adecuadas a ese momento estratégico. Formas políticas que nos dicen que, si existen, lo es por el bien mayor de la revolución socialista, y al servicio de la misma. ●

COLABORACIÓN



# **BARRIENDO LO VIEJO, CREAMANDO LO NUEVO**

---

Texto — **Etsai**

Imagen — **Zoe Martikorena**

**N**o se puede disparar contra toda una formación social, contra su modo de producir ni contra sus correspondientes relaciones sociales. Ni los viejos fusiles de avancarga ni las modernas máquinas de guerra pueden por sí solas aniquilar unas condiciones materiales dadas para dar lugar a otras nuevas. Mao Zedong dijo que “el poder político nace de la boca del fusil”, pero también advirtió que “después de eliminados los enemigos con fusiles, quedarán aún los enemigos sin fusiles”.

Si algo demuestra la experiencia de las revoluciones del siglo XX es que los enemigos sin fusiles no solo eran más poderosos, sino que incluso surgieron de entre las propias filas de aquellos llamados a barrer el viejo mundo. El poder económico del Capital, que no obedece a generales ni comanda batallones, ha sido históricamente un enemigo subestimado. Se le confrontó con sus propias armas y, como no podía ser de otra manera, no pudo sino vencer. Solo cuando esta victoria se consumó, pudo el Partido de la Crítica asumir lo que una nueva etapa histórica exigía de aquellos que se niegan a admitir este horrible mundo como inalterable y que por ello están inequívocamente comprometidos con la emancipación.

Nuestra época vuelve a ser la época de la crítica, pero a diferencia de los tiempos en las que el filósofo ilustrado formuló aquella idea, lo que experimentamos no es un nuevo Siglo de las Luces, sino un siglo donde la oscuridad anuncia su completo imperio tras un ocaso que cada vez acelera más su paso.

Si la forma y el contenido de la reorganización del metabolismo social en el contexto de la revolución proletaria ha sido un problema históricamente irresuelto, más aún lo ha sido en el marco de una situación de guerra revolucionaria, donde la excepcionalidad ocupa el lugar de las reglas. Las exigencias de la guerra hacen realmente difícil la aplicación consecuente de los esquemas de los que se sirven los revolucionarios para guiar su acción, obligando con frecuencia a asumir prácticas que se tiran de los pelos con los principios doctrinales.

Es por ello que se nos impone como tarea consecuente la crítica radical de las experiencias de lucha de nuestra clase, donde la guerra y la regeneración social han estado, paradójicamente, en guerra una contra la otra.

***Si algo demuestra la experiencia de las revoluciones del siglo XX es que los enemigos sin fusiles no solo eran más poderosos, sino que incluso surgieron de entre las propias filas de aquellos llamados a barrer el viejo mundo***

#### **CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA LÍNEA MILITAR PROLETARIA**

La guerra es un fenómeno casi tan viejo como las sociedades humanas. Desde que las primeras comunidades desarrollan una división del trabajo y relaciones de propiedad que conducen a la sociedad de clases y desde que las diversas comunidades entran en contacto y, frecuentemente, en conflicto de intereses, la guerra ha ejercido como jueza en el tribunal de la violencia, ya que, en la lucha entre derecho y derecho, la última palabra siempre la tiene la fuerza.

El ámbito específicamente dedicado a solventar los conflictos sociales por medio de la violencia o la fuerza bruta es el ámbito de la guerra. La reglamentación de este ámbito y su especialización da lugar al ámbito de lo militar, con sus doctrinas, su arte y sus técnicas específicas. Ahora bien, la guerra no se hace por hacerla, ni puede comprenderse por sí misma. Ya Engels en su disputa con Eugen Dühring señala desde las coordenadas del materialismo que la violencia no es el factor “históricamente fundamental”, sino un medio para un fin. Allí donde Dühring basaba la propiedad en la violencia, Engels fundamentaba el recurso de la violencia en la institución de la propiedad. Si no hubiese nada que apropiarse, ni las condiciones bajo las cuales puede uno apropiarse las cosas, ni la necesidad de hacerlo, ni, en suma, las condiciones de posibilidad para la institución de la propiedad, la violencia podría dirimir otros asuntos, pero no sería la razón por la que se instituye la propiedad.

Del mismo modo, la violencia no podría ser la razón del sometimiento, sino un medio para realizarlo. Para someter, al mismo tiempo, es necesario extraer un “provecho económico” o de otro tipo, provecho o interés que es el que conduce al uso de la violencia.

Cada comunidad social produce sus medios de vida de un determinado modo, siendo que la comunidad se establece acorde a la naturaleza de esa forma de producir. En las comunidades poco desarrolladas, estas funciones de poder están igualmente poco desarrolladas y se confunden con la división del trabajo dentro de las familias o de las tribus. Solo cuando se desarrolla en escala ampliada la división del trabajo en el seno de la sociedad y comienza esta a dividirse en clases, solo entonces se funda la política como una función aparte. La Política es el arte del gobierno y de las leyes. Es un poder que reglamenta de forma general y somete a dicha reglamentación a una comunidad social dada. Las sociedades existentes hasta la fecha, incluida la sociedad capitalista actual, han estado divididas en clases, cuya raíz está en el modo de producción y de la forma de apropiación y distribución de la riqueza social.

Cuando un conjunto de relaciones sociales dadas comienza a entrar en contradicción con el nuevo modo de producción que se desarrolla sobre la base del viejo, se abre una época de conflicto entre el poder político establecido y la clase o las clases

que vienen a sustituirlo. Es en esta lucha donde se presenta la Política Revolucionaria: el arte de la toma del poder político o de su disolución. La política, sea la del *status quo* o sea la revolucionaria, se sirve de la guerra para lograr sus objetivos estratégicos. La guerra, en tiempos no revolucionarios, es la guerra por la paz o por la agresión entre comunidades. El objetivo, en cualquier caso, es la reproducción de un modo de producción dado. Por su parte, la guerra revolucionaria busca, por la vía militar, la conquista del poder político. En ambos casos, la guerra es una función o un modo de la política; la guerra siempre aparece subordinada a la política.

Cuando lo militar subordina a la política, realmente lo que está guiando es una política militar, basada exclusivamente en la victoria sobre el enemigo, si no en otros intereses. Finalmente, cuando se dice, siguiendo a Clausewitz, que la guerra es la política llevada a cabo por otros medios, es común que se omita la tesis –específicamente marxista– de que la política no es sino economía concentrada; que la política, en fin, depende del modo de producción y de los intereses de clase a él correspondientes.

La Política Revolucionaria Proletaria es el arte de la conquista del poder político para la emancipación económica del proletariado, la cual coincide con la emancipación universal. Del mismo modo que el capitalismo da su carácter distintivo a las guerras

***Del mismo modo que el capitalismo da su carácter distintivo a las guerras capitalistas, el nuevo modo de producción que surge del capitalismo, el comunismo, da a la guerra proletaria su carácter distintivo. Este carácter puede resumirse en que es una guerra por la emancipación total, guerra en la que el proletariado busca erigirse en clase dominante, ejercer su dictadura contra las clases reaccionarias y sentar las bases de una sociedad sin clases***

capitalistas, el nuevo modo de producción que surge del capitalismo, el comunismo, da a la guerra proletaria su carácter distintivo. Este carácter puede resumirse en que es una guerra por la emancipación total, guerra en la que el proletariado busca erigirse en clase dominante, ejercer su dictadura contra las clases reaccionarias y sentar las bases de una sociedad sin clases, sin explotación ni opresión. Si la línea militar proletaria olvida esto, a saber, que su objetivo es la emancipación de la humanidad y la instauración de una sociedad sin clases, entonces la guerra pierde su carácter emancipador y se convierte en una guerra en la que el objetivo es el poder político, la aniquilación del enemigo, pero no la emancipación.

En la medida en que la guerra revolucionaria no es una cuestión meramente técnica a dirimir en el teatro de operaciones, ni la mera lucha por la conquista del poder, debe tener su fundamento en los objetivos más elevados de la emancipación económica del proletariado, lo cual determina el resto de sus momentos como, por ejemplo, los detalles tácticos relativos a los planes de campaña. Una revolución embiste, principalmente, en tres frentes. El primero y el más evidente es el del poder político o el del gobierno de la sociedad. En este frente puede la clase revolucionaria transformar o reconstruir el poder acorde a sus necesidades de gobierno. El segundo frente es el económico o el del modo de producir. En este, la clase revolucionaria no hace sino desarrollar hasta sus últimas consecuencias las relaciones económicas que ya estaban germinalmente desarrollándose en el modo de producción anterior. El tercer frente es el cultural, cuya función es alinear el ánimo de la sociedad con la racionalidad del proceso histórico.

Algunas corrientes de pensamiento comunista subrayan la existencia o elaboración de una estrategia militar proletaria como prueba de algodón del carácter revolucionario de la política. Sin embargo, más importante, sobre todo a la luz de los acontecimientos históricos, sería situar esta prueba de algodón en la existencia de una “línea económica” proletaria: una conciencia clara de cómo revolucionar el modo de producción capitalista. Es más, la deficiente orientación en este aspecto es probablemente la enseñanza más elevada y universal del ciclo de revoluciones proletarias del siglo pasado, donde la po-

lítica estuvo al mando, donde se conquistó el poder político, donde el proletariado organizó poderosos y victoriosos ejércitos rojos y donde, sin embargo, el poder económico del capital engulló sin esfuerzo los fusiles, los soviets y los dazibaos.

Si era algo posible de prever o un asunto de claridad teórica es algo que no nos toca juzgar; lo que tenemos ante nosotros una experiencia que sintetizar y el radical compromiso de hacerlo. A continuación, se dan unas breves indicaciones introductorias sobre el asunto que ayuden a enfocar el estudio y el ejercicio de síntesis histórica, en vez de sustituirlo.

***Algunas corrientes de pensamiento comunista subrayan la existencia o elaboración de una estrategia militar proletaria como prueba de algodón del carácter revolucionario de la política. Sin embargo, más importante, sobre todo a la luz de los acontecimientos históricos, sería situar esta prueba de algodón en la existencia de una “línea económica” proletaria: una conciencia clara de cómo revolucionar el modo de producción capitalista***





## **LA REORGANIZACIÓN COMUNISTA DE LA SOCIEDAD**

Sentadas las precedentes consideraciones generales y para juzgar el lugar de lo militar en la revolución proletaria, debe comprenderse bien hacia dónde se dirige el proceso histórico y, por tanto, cuál es la particularidad de dicha revolución. La revolución proletaria es la materialización de las potencias existentes en la formación social capitalista, que no son otras que las que conducen a un modo de producción asociado donde las clases no tienen razón de existir. El propio desarrollo del modo de producción capitalista tiende hacia su disolución; el proletariado revolucionario es la asimilación consciente de ese proceso.

La reorganización del metabolismo social es el aspecto más importante de todo este proceso, a la que se subordinan el resto de las cuestiones como momentos de dicho proceso. La guerra revolucionaria proletaria es la imposición por la fuerza de esta transformación social. El modo de producción capitalista se fundamenta en la separación de las condiciones objetivas del trabajo de sus condiciones subjetivas. Esto quiere decir que existe una clase que detenta la propiedad de los medios de producción y de vida, mientras que otra clase se halla desposeída de aquellos. La primera es la clase de los capitalistas, la segunda es la de los proletarios.

En la medida en que la producción capitalista se basa en la explotación de una clase por otra, se ven negadas la libre individualidad y el pleno desarrollo de los individuos, que, en realidad, son realizables gracias al grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales y las relaciones sociales instituidas por el modo de producción capitalista. Este reduce el tiempo de trabajo necesario para la producción de los valores de uso, sin por ello reducir la jornada laboral. Cuando los trabajadores le son superfluos, los arroja al paro estable o intermitente en forma de población superflua para los intereses del Capital. La producción es cada vez más social y combinada, pero la apropiación sigue siendo privada.

Estas y otras son expresiones de cómo las necesidades del Capital entran en contradicción con las necesidades sociales o, dicho de otra manera, cómo se da un conflicto entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. La revolución socialista es la expresión de esta contradicción, en la que el proletariado expropia a la burguesía y pone los medios de producción al servicio de las necesidades colectivas. De esta revolución, nace un modo de producción basado en la libre asociación de productores y en la propiedad colectiva de los medios de producción. La producción se subordina a los individuos y es controlada por ellos como un patrimonio común y con arreglo a un plan.

Estos elementos, la colectividad de los medios de producción y la planificación de la producción, son incompatibles con la existencia del trabajo asalariado. El trabajo se reparte de tal forma que primero se determinan las necesidades sociales y después se computan las horas necesarias para cubririrlas. Una jornada laboral global se reparte por igual entre los miembros de la sociedad aptos para el trabajo. En una primera fase de la transformación del modo de producción capitalista en el comunista, la distribución o la participación de cada individuo en los productos se da acorde a lo que cada uno aporta en el proceso productivo. Uno de los medios propuestos históricamente han sido los bonos horarios o bonos de trabajo. Estos no circulan, ya que son personales –solo utilizables por una persona–, intransferibles –

consecuencia inmediata de lo anterior– y, en vez de expresar el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción, expresan el tiempo de trabajo efectivo para la producción de un bien. Las virtudes así como los defectos de este medio para la distribución en una sociedad de productores asociados están paradigmáticamente expuestos en las glosas conocidas como “Crítica al programa de Gotha”, de Marx. Cada individuo es diferente, tiene una situación vital diferente y un montón de necesidades diferentes. Determinar la participación en el consumo a partir de una medida igual –tiempo de trabajo– supondría favorecer a unos individuos sobre otros.

Por ello, en una fase superior del comunismo –no “la” fase superior–, el derecho debería ser desigual, donde cada uno daría según su capacidad y a cada uno se le daría según su necesidad. En resumen, el modo de producción basado en la propiedad colectiva de los medios de producción requiere la expropiación de estos por parte del proletariado, para lo cual la toma del poder político –lo que requiere la constitución de un partido político– o la esfera de la dirección general de la sociedad, es una condición *sine qua non*. Expropiados estos medios, puestos a disposición de las necesidades sociales y determinadas estas, se planifica y reparte el trabajo entre los miembros de la sociedad. En un tipo de sociedad como esta, los productos no se presentan como valores, ni por tanto como mercancías, ya que no se intercambian. La abolición del trabajo asalariado se sigue como consecuencia natural. La abolición de las clases, también.

### **LA TRANSFORMACIÓN DEL MODO DE PRODUCCIÓN EN EL MARCO DE LAS GUERRAS REVOLUCIONARIAS**

La revolución proletaria no solo se sustenta sobre unas bases materiales que se habrían desarrollado mucho al margen de la voluntad de las personas, sino que se encuentra entre sus condiciones también la de una clase, el proletariado, que se halla madura para gobernar. Para ello, es necesario no solo que haya adquirido conciencia revolucionaria, sino que disponga del entramado institucional que venga a sustituir la dominación política y violenta del Capital.

En el Imperio Ruso, este entramado institucional tomó la forma de los soviets. El desarrollo de los soviets, especialmente el de Petersburgo, produjo una situación de doble poder en el que la incapacidad de los elementos que no veían que hubiese llegado la hora de la revolución socialista dejó a los bolcheviques en situación de tomar la iniciativa y hacer de esa situación de doble poder que, como es natural no podía durar mucho tiempo, una situación de conquista del poder político y establecimiento del sistema soviético como único poder.

A la Revolución de Octubre le siguió la guerra civil que, en un plazo relativamente corto, mermó considerablemente el carácter socialista de la revolución. La democracia soviética degeneró hasta el punto en el que el Partido Bolchevique sustituyó desde arriba el sistema de consejos, dando a estos un carácter casi consultivo. La respuesta se hizo oír en Kronstadt, donde, sin embargo, no se tenía una idea clara de cómo transformar la sociedad: se quiso volver al carácter democrático de los soviets, a la par que se reivindicaba la “libertad de comercio”. La economía, por su parte, con la adopción del comunismo de guerra, no sufrió transformaciones de ningún tipo más allá de lo que cualquier economía de guerra capitalista hubiese hecho en la misma situación: aumento excepcional de la producción, subordinación de los recursos a las necesidades de la guerra. La precaria situación a la que respondía y reproducía el comunismo de guerra mermó la relación entre los bolcheviques y los campesinos. No era un momento propicio para la transformación económica de la sociedad, asunto que se dejó para un futuro en el que se derrotase la amenaza contrarrevolucionaria.

En cuanto al ejército, si bien era casi una certeza teórica que el ejército proletario debía tomar la forma de milicia popular –el pueblo en armas–, las circunstancias obligaron no solo a adoptar la fórmula del ejército regular –el 15 de marzo de 1918 se funda el Ejército Rojo–, sino el reclutamiento técnicos militares zaristas, que más tarde causarían problemas. Si bien es cierto que la organización del Ejército Rojo tenía un carácter democrático nunca antes visto en un ejército regular, fue una concesión más, fruto de la coyuntura, que se tuvo que hacer

***Realizar la revolución burguesa y, en vez de dejarla consolidarse, pasar directamente a realizar la revolución proletaria. En Rusia estos dos momentos fueron claramente separados, aunque harto reducidos en el tiempo, mientras que en China fueron directamente parte de un mismo proceso***

en materia de principios. Finalmente, para cubrir la necesidad de dotar a la gestión del nuevo Estado soviético un carácter funcional, se tuvieron que emplear muchos de los antiguos funcionarios zaristas, foco de corrupción y reacción que hubo que solventar más adelante.

Al igual que en la atrasada Rusia, en China, la revolución democrático-burguesa y la revolución proletaria se entrelazaron hasta el punto en el que el programa común de la revolución proletaria del siglo XX fue el de la revolución en permanencia: concepto cuyo origen radica en la Revolución Francesa y cuyo significado para los marxistas fue el de realizar la revolución burguesa y, en vez de dejarla consolidarse, pasar directamente a realizar la revolución proletaria. En Rusia estos dos momentos fueron claramente separados, aunque harto reducidos en el tiempo, mientras que en China fueron directamente parte de un mismo proceso. La fórmula china fue la de la Nueva Democracia; el partido de la revolución burguesa fue el Koumintang; el partido de la revolución proletaria, el Partido Comunista de China (PCCh). Además, la revolución democrático-burguesa tomó la forma de guerra de liberación nacional, fruto de la ocupación de China por parte de fuerzas extranjeras. Esto, junto con la presión de la Internacional Comunista (IC), forzó la colaboración entre el Koumintang y el PCCh, a la vez que fue acentuando cada vez más los roces entre ambos y hasta su abierto choque en 1927.

COLABORACIÓN — Barriendo lo viejo, creando lo nuevo







Si la experiencia china es de especial interés para el proletariado revolucionario, es por el planteamiento de la guerra, que se sintetizará en el concepto de Guerra Popular Prolongada. En las particulares condiciones chinas, el campesinado, clase predominante, estaba llamado a ser la fuerza principal de la revolución, si bien la fuerza determinante y dirigente del proceso sería el proletariado. Era necesario dirigir la revolución agraria –en contra de la opinión de Stalin–, pendiente, descuidada y postergada por el resto de fuerzas en aquel entonces. El PCCh,

de la mano de Mao, apuesta por conquistar a los elementos más avanzados de entre las masas campesinas, para después emprender la conquista de las amplias masas del campesinado, mediante su encuadramiento militar en el marco de la Guerra Popular (GP). El 1 de agosto de 1927 inicia la GP, que sería una segunda guerra civil, al mismo tiempo que se funda el Ejército Rojo. La naturaleza específica de la GP es la de unir a las masas de campesinos y obreros a la revolución a través de su militarización y la creación de órganos de Nuevo Poder en las zonas controladas por los comunistas.

De este modo, se harían sujetos activos de la revolución, en vez de delegar las funciones militares a un ejército especializado –por aquel entonces, lejos de ser profesional– y, a un mismo tiempo, se establecerían las instituciones de poder, en vez de postergar la tarea hasta la completa victoria en terreno nacional. Mientras que en el modelo insurreccional estas masas serían primero conquistadas, después armadas y finalmente lanzadas a la insurrección, el modelo de la GP buscaba conquistarlas por medio de su armamento, su unión a la guerra y el ejercicio del poder en las zonas liberadas. El primer modelo era el de la IC; el segundo el del PCCh. A la par que en el campo se creaban órganos de Nuevo Poder y se fortalecía el Ejército Rojo, en las ciudades se hacía una labor más “europea”, buscando ganarse a los trabajadores mediante la propaganda, los sindicatos y la creación de células en las empresas. Esto era, en esencia, el conocido plan de cercar las ciudades desde el campo. La GP, en suma, buscaba fusionar en un mismo proceso la fase de la dirección de las masas, la de su empoderamiento para el ejercicio del poder y la de la creación de los órganos de la dictadura del proletariado.

Sin embargo, y al igual que el grueso de las experiencias del siglo XX, las cuestiones políticas se sobrepusieron sobre las económicas que, en lo fundamental, siguieron reproduciendo la economía capitalista en un país atrasado industrialmente. La Revolución Cultural llevada a cabo años más tarde con el objetivo de superar los límites que la revolución estaba experimentando, a saber, la pervivencia de las clases sociales y del antiguo modo de producir, no pudo superarlos. En el plano productivo, la separación entre trabajo intelectual y manual se reproducía sin más, a la vez que la distribución del producto social por medio del sistema salarial seguía intacto. Las conocidas como “Escuelas del 7 de mayo” buscaban superar la división social del trabajo enviando temporalmente a los cuadros técnicos e intelectuales a hacer trabajo manual al campo, pero, precisamente por su temporalidad, no eran más que una excepción en un proceso social que esencialmente permanecía igual. Otro de los eventos que expresan bien la incapacidad de superar el modo de producción capitalista, tanto en lo económico como en su

forma administrativa, fue el abandono de la Comuna de Shanghái (febrero 1967), en favor de los órganos de poder estatal de viejo tipo –comités de la triple alianza– por el PCCh y el propio Mao. Al igual que en Rusia, el Estado se situaba por encima de la sociedad, si bien dando a esta la posibilidad de su participación, aunque limitada, en los asuntos estatales; en el mejor de los casos, el Estado servía al pueblo. En el aspecto cultural, el Libro Rojo sería el símbolo de la petrificación de las relaciones sociales.

Otro caso de importancia sustantiva para el tema que nos ocupa fue la guerra civil española, donde se llegó a hablar de una dualidad de poderes como la existente en la Rusia prerrevolucionaria. En Catalunya, el Comité Central de Milicias Antifascistas y el Consejo de Economía fueron las instituciones que venían a representar el poder proletario, frente al poder capitalista de la República. No obstante, este poder proletario quedó subordinado casi desde el principio a la República, por lo que acabó siendo un apéndice del Estado capitalista, donde este daba directrices al Comité y al Consejo. La CNT, ante diversas huelgas, proclamó la vuelta al trabajo, especialmente en las industrias que debían dotar de recursos a la lucha antifascista. El Comité de Milicias, que se adhirió al Ministerio de Defensa, con la excusa de hacer frente al fascismo, hizo un trabajo activo para desarmar a los obreros que no se subordinaban a las directrices dictadas por la República. Se ve, por tanto, cómo en este caso también las organizaciones proletarias tuvieron que “traicionar” sus principios. La CNT, lejos de abogar por destruir el Estado, se subordinó a él; lejos de plantar batalla al autoritarismo, se presentó de forma autoritaria frente a los obreros, haciéndoles producir para la guerra; incluso su Nueva Economía adolecía de los defectos que Marx ya había criticado con razón a los mutualistas medio siglo antes. Por descontado, la gran mayoría de los partidos de inspiración marxista o socialista, en ocasiones a excepción del POUM, se alinearon desde el principio con el Estado capitalista. En fin, la subordinación de la mayoría de las organizaciones del movimiento obrero a la defensa de la República no dejó lugar a la transformación del metabolismo social.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

Las líneas precedentes, vale la pena recordar, no son sino puntos de partida para un ulterior estudio de en qué consiste la transformación del modo de producción capitalista en uno comunista y las limitaciones que históricamente ha sufrido esa transformación durante la conducción de guerras revolucionarias.

Lo que muestran estas experiencias es que dicha transformación es difícil, pero que, sin embargo, son tareas que no deben postergarse hasta el triunfo completo de las fuerzas militares proletarias sobre las burguesas. En China, la propia guerra desplegaba los órganos del nuevo poder que debían sustituir al viejo, ya que, a diferencia de Rusia, estos no existían previos al envite armado, y la línea militar buscaba solucionar al mismo tiempo tareas para las que el PCCh no estaba dispuesto a dejar al discurrir de los acontecimientos. La CNT y su Nueva Economía apuntaban también a la prefiguración de la nueva sociedad en el marco de la guerra, si bien, al igual que las fuerzas comunistas, subordinaron esta potencialidad a los designios de la lucha antifascista y, por tanto, al Estado capitalista.

Si la revolución proletaria del futuro tomará la forma de un enfrentamiento militar abierto o de un enfrentamiento político donde lo militar tenga un papel secundario, es algo que no se puede prever. Es más, seguramente la revolución proletaria en el marco de cada país, con su circunstancia particular, discurrirá sobre cauces de lo más diversos. Lo que sí nos exige el pensamiento estratégico es no dejar los asuntos de la forma del poder político y la de la nueva economía como tarea para una situación posterior a la toma del poder. Si bien la institución del proletariado en clase dominante es una necesidad ineludible sin la cual la reorganización total de la sociedad es una quimera, la preparación de las condiciones, en sus aspectos político y económico, para la ofensiva revolucionaria, se presentan, a la luz de la experiencia histórica, como un deber. Allí donde no exista un poder en el aparato productivo y donde no se hayan constituido órganos de protopoder —llámense soviets, llámense consejos—, habrá que crearlos; en situaciones no revolucionarias, tal vez mediante un proceso similar al ruso; en

situaciones revolucionarias, de guerra o de fuerte inestabilidad social, tal vez mediante procesos similares al chino o al de la guerra civil española.

Finalmente, es nuestro deber conceptualizar bien la abolición del poder económico del Capital, asumir su deficiente abordaje por las revoluciones del siglo XX y aprender de lo que ellas nos legan, en clave positiva y negativa. Más si cabe, en una época histórica donde las ojivas nucleares penden sobre nuestras cabezas como la espada de Damocles o donde “après moi le déluge” es la amenaza que el sistema capitalista nos lanza de forma cada vez más creíble. ●

***Si la revolución proletaria del futuro tomará la forma de un enfrentamiento militar abierto o de un enfrentamiento político donde lo militar tenga un papel secundario, es algo que no se puede prever. Es más, seguramente la revolución proletaria en el marco de cada país, con su circunstancia particular, discurrirá sobre cauces de lo más diversos***



COLABORACIÓN

# DISOLVIENDO EL ESTADO

VARIOS RETOS DE  
LA REVOLUCIÓN RUSA

---

Texto — **X. G. Axpe**

Imagen — **Gaizka Azketa**





El buche en  
zepelion.  
Detreggado  
1917

A partir de febrero de 1917, con la caída del zarismo en Rusia, la tarea de la destrucción del antiguo aparato estatal y la creación de uno nuevo se convierte en el tema político principal de la revolución. Hasta octubre del mismo año, existirá una relación a ratos conflictiva, a ratos relativamente pacífica e incluso colaborativa, entre los dos poderes independientes que surgen de la Revolución de Febrero: el Gobierno Provisional y los soviets. Este artículo, a través de los análisis de Marx sobre la Comuna de París, aborda algunos aspectos centrales de la destrucción de la vieja maquinaria estatal en Rusia; en particular, la de su Policía, y la de la consiguiente construcción de un pueblo en armas encargado de defender la revolución. Finalmente y a modo de apéndice, ilustra también la gestión de un problema tan cotidiano como el de la vivienda por el nuevo poder soviético.

### PARÍS EN ARMAS Y MARX

La descripción más enérgica y detallada de Marx acerca de la dictadura del proletariado se encuentra en *La guerra civil en Francia*, artículo que da cuenta de la Comuna de París, proclamada el 18 de marzo de 1871. La cuestión de la Comuna ha sido ampliamente abordada en la historia del marxismo, y este artículo no pretende analizarla exhaustivamente. Sin embargo, conviene destacar brevemente una serie de características únicas que a Marx le interesan de esta experiencia y que se tornarán centrales durante la Revolución Rusa.

Para Marx, el hecho fundacional de la Comuna fue el armamento general del pueblo –que se dio gracias a la reorganización de la Guardia Nacional, donde la mayoría de alistados eran de origen obrero– y la consiguiente supresión de la policía y del ejército permanente. Este fue, de hecho, el primer decreto de la Comuna. La realidad de un París en armas tenía que convertirse “en una institución duradera” (Marx, 2016, p. 542), en palabras de Marx. La Comuna había fusionado el poder legislativo y ejecutivo. Los funcionarios públicos eran electivos y revocables, cosa que devastaba el viejo aparato burocrático del Estado. A nivel de barrio, los ciudadanos decidían y gestionaban directamente sus problemas cotidianos, en consonancia con el gobierno comunal elegido por todo París, rompiendo así con el funcionamiento de los parlamentos burgueses tradicionales.

Todas estas características quedan magníficamente resumidas en el manifiesto del Comité Central de la Guardia Nacional del 18 de marzo, según

cita Marx: “*Los proletarios de París (...) se han dado cuenta de que ha llegado la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos*” (Marx, 2016, p. 539).

La idea de las masas tomando en sus manos los asuntos públicos fue recuperada por Lenin en *El Estado y la Revolución*, como respuesta a la extraordinaria situación política rusa tras la Revolución de Febrero. Lenin se encargó de recuperar los análisis de Marx y Engels acerca de la experiencia de la Comuna de París, y de convertirlos en un programa de agitación política para la toma del poder en Rusia.

### MILICIA MUNICIPAL Y MILICIA OBRERA

A finales de febrero de 1917, a las protestas obreras en Petrogrado (actual San Petersburgo) se le une una importante fracción de soldados que termina por derrocar el gobierno zarista en Rusia. De este movimiento surgirán dos polos de poder: el Gobierno Provisional y los soviets. El primero se trataba de un gobierno burgués que formalmente (pero no realmente) ostentaba el poder en Rusia. Los soviets eran consejos de obreros, soldados y campesinos, que surgieron en medio de una iniciativa popular de las

**Una conquista importantísima de las milicias obreras fue la de imponer la jornada de 8 horas a los dueños de las fábricas, decisión tomada por los soviets tras la caída del zar, lo cual es un claro ejemplo de fusión de poder ejecutivo y legislativo durante este periodo**

masas y de los partidos socialistas para solucionar sus problemas: exclusión política, pobreza y guerra (y tierra, en el caso del campesinado). Pese a no ser reconocidos formalmente como legítimo gobierno ruso, los soviets jugarán un papel preponderante a partir de la Revolución de Febrero: serán la principal autoridad real en numerosos distritos industriales y ciudades rusas, funcionando localmente como un gobierno obrero realmente existente, y terminarán por tomar el poder en octubre.

A partir de febrero, la cuestión del orden público y de la Policía se vuelve crucial para los dos nuevos poderes surgidos de la revolución. Surgen simultáneamente dos tipos de órganos armados en Petrogrado: la milicia municipal (vinculada a la Duma municipal, que era la autoridad municipal formalmente reconocida) y las milicias obreras (que el Soviet de Petrogrado llamó a organizar, pero cuya creación se debió en gran medida a la iniciativa de los propios obreros). El historiador Rex A. Wade (1984) nos ofrece descripciones realmente interesantes acerca de la dualidad de poderes entre febrero y octubre a través de estos dos novedosos cuerpos surgidos de la revolución.

Según su estudio, no se trataba simplemente de que una milicia fuera burguesa y otra obrera. De hecho, en los primeros días tras la Revolución de Octubre, la milicia municipal se puso a servicio de la Guardia Roja para mantener el orden público. Wade explica que en la primera se alistaron inicialmente un número considerable de obreros cuya intención era asegurar el orden público surgido de la revolución. También es importante tener en cuenta que la relación entre el Gobierno Provisional y los soviets entre febrero y octubre adoptó muchas formas, debido a la cambiante representación que existe en los segundos. De hecho, los bolcheviques no tenían una postura clara respecto al Gobierno Provisional hasta la vuelta de Lenin en abril.

A mediados de marzo, hay alrededor de 20.000 personas alistadas en todo tipo de milicias en Petrogrado. Esto suponía un serio dolor de cabeza para el Gobierno Provisional, constituido a inicios de ese mismo mes. Las milicias obreras, sin embargo, existen de manera aislada y sin centralización política clara: no existe un cuerpo unitario de milicia obrera (de ahí la variedad de nombres que adoptan durante todo este periodo).



La situación en Petrogrado era ciertamente excepcional, lo que por otra parte es habitual en todos los periodos revolucionarios. En la ciudad había distritos en los que patrullaban única y exclusivamente milicias obreras (normalmente surgidas de las propias fábricas). Los barrios centrales y burgueses eran dominio único de la milicia municipal, y en otras múltiples zonas ambas coexistían. Una conquista importantísima de las milicias obreras fue la de imponer la jornada de 8 horas a los due-

ños de las fábricas, decisión tomada por los soviets tras la caída del zar, lo cual es un claro ejemplo de fusión de poder ejecutivo y legislativo durante este periodo. También lograron que fuesen las propias fábricas quienes pagasen los gastos de las milicias, incluyendo su salario. Su funcionamiento era además plenamente democrático, ya que los propios milicianos elegían a sus oficiales, algo que existió en la Guardia Nacional durante la Comuna de París y que también impusieron los soldados revolucio-



narios en el ejército ruso por estas mismas fechas. Wade aporta ejemplos de cómo milicias obreras mediaban entre las disputas laborales entre obreros y propietarios de fábricas, obligando a los segundos a aceptar las reivindicaciones de los primeros. Su participación en la vida cotidiana de las fábricas y de los obreros y su estrecha relación con estos hicieron que su reputación creciese progresivamente entre las masas a la vez que disminuía entre mencheviques y eseristas.

## LOS BOLCHEVIQUES Y LA CONSTITUCIÓN DE LA GUARDIA ROJA

Durante marzo, los bolcheviques comienzan a plantear el problema de las milicias y del armamento general del pueblo. Durante las jornadas de febrero habían desestimado su creación, considerando que lo más importante era ganarse a la guarnición de Petrogrado y del resto del país. Sin embargo, a partir del surgimiento de los dos nuevos poderes en Rusia, consideraban que este problema era ahora fundamental por dos razones. Primero, para defender las conquistas que la revolución había alcanzado hasta ahora, asegurándose contra posibles ataques reaccionarios. Segundo, y en medio de una situación política terriblemente incierta, para estar preparados ante eventuales desarrollos de la revolución. Durante marzo y abril, los bolcheviques se esforzaron por crear un organismo unitario de las milicias obreras, de tal manera que estas dejaran de estar dispersas y pudiesen pertenecer a un mismo corpus, disponiendo así de una dirección política más clara. Dichos intentos por organizar un cuerpo único e independiente de la Guardia Roja –nombre que los bolcheviques elegirán para el tipo de milicia que pretendían organizar, inspirándose en una organización finlandesa de la revolución de 1905– no tendrían éxito hasta septiembre (coincidiendo con el auge de los representantes bolcheviques en los soviets principales).

Wade hace notar una interesante cuestión en los debates sobre la milicia, que refleja una de las problemáticas más profundas de la Revolución Rusa. Cuando las autoridades, los partidos políticos y las distintas milicias discutieron la organización formal de estas, y las relaciones entre la milicia municipal y las milicias obreras, existían *grosso modo* dos posturas antagónicas. La primera pretendía que los ciudadanos eligiesen mediante voto los comités encargados de la milicia a nivel de distrito, que a su vez elegirían un comité municipal. La segunda, defendida por la inmensa mayoría de milicianos obreros, argumentaba que la elección de dichos comités debía depender únicamente de los propios milicianos, que a su vez elegirían un comité central junto con representantes de los soviets. Los obreros más combatientes estaban preocupados por que una mayoría formal pudiera servir como pretexto para privarles de su autonomía y, eventualmente, de su armamento.



De hecho, el Gobierno Provisional, ansioso por estabilizar su poder tras las jornadas de febrero, viró cada vez más hacia una política de desarme y disminución de las milicias (incluida la municipal). La existencia de decenas de miles de obreros armados suponía una amenaza, en calidad de elemento desestabilizador, para este gobierno burgués. Su idea era la de una fuerza policial municipal *democrática*, parecida a la ya existente en algunos países occidentales. La crisis de abril, en la que decenas de miles de obreros se manifestaron contra la decisión del Gobierno de seguir participando en la Primera Guerra Mundial, acentuó los temores gubernamentales hacia el pueblo armado. Para el Gobierno Provisional, incluso la milicia municipal había crecido en exceso. Entre mayo y agosto, Wade estima que los efectivos de la milicia municipal pasaron de 20.000 a 6.000. A raíz de la fracasada insurrección obrera en julio, el Gobierno ordenó la entrega de todas las armas poseídas por ciudadanos el 16 de julio, medida aceptada por el Soviet de Petrogrado, donde eseristas y mencheviques eran mayoría. Sin embargo, la medida no llegó a materializarse íntegramente y se topó con la oposición de numerosos soviets locales y comités de fábrica, lo cual demuestra la profunda crisis de legitimidad en la que se encontraba el Gobierno Provisional y la realidad de la dualidad de poderes durante todo este periodo. Los mencheviques, por su parte, terminaron bloqueando en los soviets la propuesta bolchevique para la unificación de las milicias obreras en una Guardia Roja. La postura mayoritaria entre los mencheviques era la de que se necesitaba una milicia, pero no específicamente obrera.

La ofensiva de Kornílov contra Petrogrado en agosto confirmó ampliamente los temores bolcheviques acerca de una contrarrevolución armada, así como la necesidad de una Guardia Roja para defenderse de esta. Wade insiste en que, de nuevo, la iniciativa para el resurgimiento de milicias obreras durante esta ofensiva surgió localmente, mientras que los bolcheviques, lejos de organizarlas directamente, solo podían limitarse a darles una orientación política general. El rechazo de la ofensiva de Kornílov generaría mayor desconfianza entre las masas hacia el Gobierno Provisional, a la vez que los bolcheviques ganaban popularidad. Por fin,

a inicios de octubre se organizó a nivel de Petrogrado una Guardia Roja por iniciativa conjunta de milicianos obreros y de delegados bolcheviques. De nuevo, las razones tras su organización eran dos: defender la revolución y estar preparados para llevar adelante sus conquistas. Cumpliría su segundo papel pocas semanas más tarde, con el inicio de la breve pero exitosa insurrección contra el Gobierno Provisional, liderada por los bolcheviques, a partir del 24 de octubre. Durante el comienzo de la insurrección, los bolcheviques confiaban en la guarnición como elemento clave para la victoria. John Reed (1974) atestigua, sin embargo, que en la toma del Palacio de Invierno participaron numerosos cuerpos de la Guardia Roja que llegaron a dirigir a los soldados. Fue también la Guardia Roja quien ocupó las infraestructuras y redes estratégicas principales estos días.

La cuestión de la milicia obrera –o en otras palabras, del armamento general del pueblo– juega un papel fundamental en la disolución del orden estatal burgués, algo que no solo refleja el periodo de febrero a octubre sino el propio análisis de Marx y Engels sobre la Comuna de París. Para Marx, París en armas era el hecho fundacional de la Comuna. La Asamblea Nacional, entre el desmoronamiento del Segundo Imperio Francés y la Comuna, “*no era más que un episodio de aquella revolución, cuya verdadera encarnación seguía siendo el París en armas que la había iniciado (...)*” (Marx, 2016, p. 532). Es importante hacer notar que la legitimidad de gobiernos obreros como el de la Comuna o los soviets no se sostiene en un reducido grupo armado, sino en la existencia de decenas de miles de obreros en armas que en medio de una crisis política toman la iniciativa y sostienen una organización democrática de los asuntos públicos, más allá de la burocracia tradicional y del parlamentarismo burgués.

## EPÍLOGO I. LAS MASAS TOMAN EN SUS MANOS LOS ASUNTOS PÚBLICOS

Siguiendo los apuntes de Marx sobre la Comuna, Lenin había visto en los soviets una forma superior de democracia en comparación con la democracia burguesa. La fusión de poder legislativo y ejecutivo permitía la eliminación de la burocracia y la materialización del mandato popular para resolver inmediatamente los problemas de las ma-

sas. Además, esta superior forma democrática se tornaba esencial en un contexto de guerra civil como en el que se encontraba Rusia tras el traspaso del poder a los soviets. Así justificaría Lenin (1976, p. 41), en su *Tesis sobre la Asamblea Constituyente*, la democracia soviética como única forma posible bajo estas circunstancias:

*“(…), la guerra civil, comenzada con la sublevación contrarrevolucionaria de los demócratas constitucionales y Kaledin contra las autoridades soviéticas, contra el Gobierno Obrero y Campesino, ha agudizado definitivamente la lucha de clases y eliminado toda posibilidad de resolver por un camino democrático formal los problemas más candentes que la historia plantea a los pueblos de Rusia y, en primer lugar, a su clase obrera y sus campesinos.”*

***El Gobierno Provisional, ansioso por estabilizar su poder tras las jornadas de febrero, viró cada vez más hacia una política de desarme y disminución de las milicias (incluida la municipal). La existencia de decenas de miles de obreros armados suponía una amenaza, en calidad de elemento desestabilizador, para este gobierno burgués***



La manera en la que el poder soviético gestionó –sin tener un programa definido de antemano– la cuestión de la vivienda es prueba de ello. Desde febrero, en medio de una situación ciertamente anárquica, muchos edificios centrales de Petrogrado –incluyendo gigantescos apartamentos de nobles y grandes burgueses, así como sedes institucionales– fueron ocupados por los obreros. En algunos casos, su ocupación respondía a necesidades inmediatas vitales de estos –como la de procurarse una vivienda, ni más ni menos. En otros casos, la ocupación era producto de decisiones políticas de calado estratégico. Por ejemplo, los bolcheviques ocuparon en febrero una céntrica mansión en Petrogrado, que se convirtió inmediatamente en su sede. La dueña del edificio demandó a estos ante los tribunales y ganó el juicio, lo que sin embargo no tuvo efectos prácticos inmediatos: la resolución no podía ser respaldada por una fuerza material que desalojase a los bolcheviques simple y llanamente, lo que demuestra la extraordinaria situación de doble poder existente en Rusia. Fue solo gracias al pretexto de la insurrección de julio que el Gobierno Provisional terminó expulsando a los bolcheviques, en medio de la persecución y encarcelación de muchos de sus líderes.

La gestión de la vivienda por los soviets una vez estos habían tomado el poder aporta enseñanzas interesantes sobre la naturaleza de la democracia proletaria. A partir del 30 de octubre de 1917, son los soviets a nivel de distrito quienes se encargan de dicha gestión. Debido a la profundamente desigual situación de la vivienda en Rusia, algunos decretos oficiales estipulaban que en las familias burguesas debía haber un máximo de una habitación para cada adulto, y una única para los hijos –condiciones, por otra parte, nada *indignas*, teniendo en cuenta que en una ciudad como Petrogrado las habitaciones obreras eran ocupadas por una media de 2,6 personas–. Se dieron así múltiples situaciones en las que, frente a la escasez de vivienda y en medio de una crisis económica, personas de distintas familias vivían en los grandes apartamentos burgueses, inútilmente utilizados hasta la fecha.

De todos modos, en su artículo sobre la vivienda en Petrogrado, Jahn (1990) hace notar que los decretos enunciados a nivel de toda Rusia en materia de vivienda –al igual que en otras– no eran una suerte de medida absoluta, aplicable unilateralmente *a posteriori*. Muchas veces los decretos se limitaban a registrar decisiones revolucionarias ya tomadas y aplicadas. En muchas situaciones, exis-

tía un amplio margen de maniobra para que los soviets a nivel local resolviesen cuestiones de vivienda de la manera más flexible posible.

En solo dos años, un total de 65.000 familias de trabajadores habían sido realojadas en Petrogrado, lo cual es muestra del profundísimo impacto que puede llegar a tener una democracia de estas características en los aspectos más corrientes de la vida cotidiana.



***En solo dos años, un total de 65.000 familias de trabajadores habían sido realojadas en Petrogrado, lo cual es muestra el profundísimo impacto que puede llegar a tener una democracia de estas características en los aspectos más corrientes de la vida cotidiana***



## A MODO DE CONCLUSIÓN: EL CENTRO Y LAS BASES

Seguramente muchos lectores se preguntarán, a estas alturas, por qué razón la estructura democrática soviética terminó desgastándose. Dicha pregunta constituye uno de los temas centrales de la Revolución Rusa y es absolutamente necesario un estudio profundo de la experiencia soviética que aporte respuestas a la altura, evitando los identitarismos de tal o cual tipo a los que el movimiento comunista lleva décadas acostumbrado.

Aun así, es preciso hacer notar un apunte final acerca de la *complejidad* de la transición al socialismo. Marx, en su análisis de la Comuna, estaba muy lejos de plantear que un democratismo local, con órganos autoorganizados, fuera en sí mismo condición suficiente para la transición al socialismo. Marx consideraba que las organizaciones democráticas de las masas debían estar a su vez coordinadas y unidas a un nivel superior: “(...) las sociedades cooperativas unidas han de regular la producción nacional de acuerdo a un *plan común* (...)”. A dicha regulación por medio de un plan común es irónicamente (por su influencia teórica proudhoniana, como señala Engels) algo a lo que apuntaba la Comuna de París. Esta mediación entre un centro y unas bases es la cuestión central de toda transición al socialismo. Los comunistas no pueden simplemente abjurar dicha relación y apostar por la absoluta autonomía y horizontalidad de las bases —ya sean estas soviets, sindicatos u órganos del Partido locales—, ya que la superación y reorganización del complejo modo de producción capitalista requiere también de la existencia de centros y de periferias, en un sentido tanto geográfico como conceptual.

Tras octubre, el poder soviético no afrontaba una construcción del socialismo *en abstracto*, sino en unas condiciones muy concretas. La guerra civil, el fracaso de la revolución internacional y el escaso apoyo bolchevique entre el campesinado (que representaba la inmensa mayoría de la población en Rusia) hacen que la coordinación entre un centro (el Partido Comunista, el Congreso de los soviets y el Consejo de Comisarios del Pueblo) y sus bases (todo el entramado de soviets locales y regionales, comités de fábrica, sindicatos...) sea de suma importancia. La organización de tipo soviético dio pie a que, por ejemplo, el Consejo de Comisarios del Pueblo en Siberia no aceptase la paz de Brest-Litovsk y se declarase en guerra con las potencias centrales. Sus virtudes son también sus limitaciones. Cualquier estudio serio y honesto

acerca de la problemática de la transición al socialismo, de la destrucción del viejo poder y de la construcción del nuevo en la experiencia soviética debe inevitablemente tener en cuenta toda esta serie de imperativos y obstáculos bajo los que se desarrolló la creatividad revolucionaria. ●

## BIBLIOGRAFÍA

**Jahn**, Hubertus F. “The Housing Revolution in Petrograd 1917-1920”. *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas* 38, n.o 2 (1990): 212-27.

**Lenin**, Vladimir I. “Tesis sobre la Asamblea Constituyente”. En *Obras Completas*. Tomo XXVIII. Madrid: Akal, 1976.

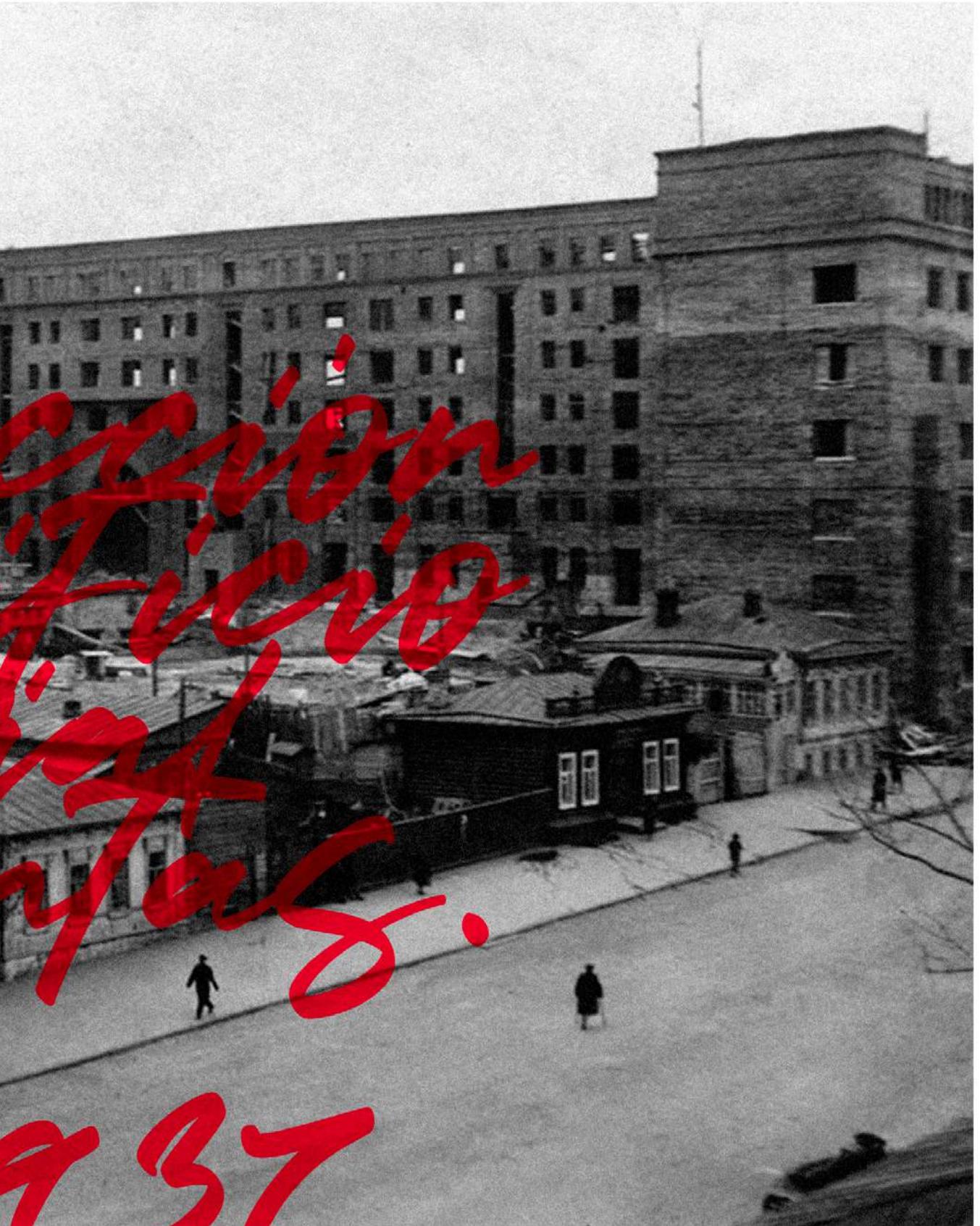
**Marx**, Karl. “La guerra civil en Francia”. En *Obras Escogidas*. Vol. 1, de Karl Marx y Friedrich Engels. Madrid: Akal, 2016.

**Reed**, John. *Diez días que estremecieron el mundo*. Akal Bolsillo. Madrid: Akal, 1974.

**Wade**, Rex A. *Red Guards and Workers' Militias in the Russian Revolution*. Stanford: Stanford University Press, 1984.

***Marx, en su análisis de la Comuna, estaba muy lejos de plantear que un democratismo local, con órganos autoorganizados, fuera en sí mismo condición suficiente para la transición al socialismo. Marx consideraba que las organizaciones democráticas de las masas debían estar a su vez coordinadas y unidas a un nivel superior***





*Erin  
T. V. 10/10  
4/2/8.*

*937*

COLABORACIÓN

# AL CALOR DE LA LUCHA





# CONSTRUCCIÓN Y ESTRATEGIA MILITAR EN LOS PARTIDOS COMUNISTAS

---

Texto — **Miguel García**  
Imagen — **Lander Moreno**

“Para conservar lo que se posee,  
es necesario conquistarlo una  
y otra vez de nuevo”

- Goethe, *Fausto*

**L**a cuestión de la táctica y la estrategia para organizar una fuerza capaz de subvertir el orden social existente ha estado presente en todo el marxismo clásico. “Tomar” el poder mediante un asalto o mediante desgaste, plantear la función de la vanguardia dentro de la experiencia de la revolución, analizar quiénes son nuestros amigos y quiénes nuestros enemigos, caracterizar las fases de ofensiva, equilibrio o repliegue táctico, organizar una nueva sociedad basada en la destrucción de la relación de clases en un contexto de abierta hostilidad con el resto del mundo capitalista o la necesidad de que el Partido mande sobre el fusil son cuestiones absolutamente centrales para un marxismo que busque la superación del orden establecido. El marxismo aprendió pronto que no existe aprendizaje fuera de la lucha, que las revoluciones también son escuelas para la acción política, experiencias de las que extraer valiosas enseñanzas.

Antes de comenzar con la exposición, tenemos que hacer una diferencia que es fundamental, entre, por un lado, la guerra burguesa y su conclusión lógica –la guerra imperialista– y, por otro lado, la guerra proletaria o la revolución. Aunque ambas tienen una motivación política detrás, en la guerra imperialista la política llega a autonomizarse, convirtiendo la guerra en una “impersonal” máquina de desatar una carnicería, en una producción de muerte en la que los soldados también se autonomizan de sus propios Estados, llegando a perder cualquier sentido del honor, patriotismo o, incluso la propia conciencia de los objetivos iniciales. En cambio, en la guerra revolucionaria la situación es distinta según Lenin:

*“Los generales zaristas dicen que nuestros soldados rojos soportan cualquier penalidad como jamás las hubiese soportado el ejército de los zares. Y esto es porque cada obrero y campesino enrolado sabe por qué combate, y conscientemente derrama su sangre en aras del triunfo de la justicia y el socialismo”.*

Por ello, la ciencia militar burguesa (Clausewitz, Delbrück) solo puede aportarnos una experiencia limitada, la experiencia en tanto que toda revolución es una guerra. Pero el hecho de que se trate de guerras de masas, de guerras populares cuyo objetivo final es la construcción de otra sociedad nueva, libre de explotación, hace que la ciencia militar no pueda ser aplicada sin más, sino que tenga que ser sintetizada y subsumida bajo una forma superior, de nuevo tipo. El libro de estrategia militar burguesa que más influencia tuvo en los líderes comu-

nistas, y que fuera leído atentamente por Engels, Lenin, Mao o Giáp, fue *Vom Kriege (De la guerra)*, de Clausewitz. Entre las valiosas lecciones que aporta la lectura de este libro, podemos destacar la asimetría entre el aspecto defensivo y el aspecto ofensivo (en situación de debilidad, atacar una posición puede ser un callejón sin salida, mientras que la defensa necesita generalmente menos fuerzas, el principio de concentración de fuerzas (un ejército móvil será más capaz de ejecutar golpes decisivos que permitan una ventaja), la importancia de la fuerza moral (como hemos dicho, no es lo mismo luchar en defensa de una posición ventajosa de rapiña imperialista para tu burguesía nacional, que luchar por el socialismo), la guerra como continuación de la política por otros medios (la necesidad de que la guerra no se autonomice de sus objetivos, implica el predominio de la visión de conjunto, estratégica, sobre una operación militar determinada) o el momento de la batalla decisiva (quien tenga la capacidad de elegir el momento de esta batalla, estará en condiciones mucho más favorables). Además, Clausewitz tiene todo un desarrollo sobre el concepto de guerra popular, de “pequeña guerra”, articulado en el análisis de los grupos guerrilleros antinapoleónicos formados en España en 1808 (que también serían cuidadosamente analizados por Marx y Engels). Aunque el objetivo del militar prusiano fuera bastante distinto del de la revolución comunista mundial (precisamente, el contrario), el respeto y la admiración con las que habla del pueblo alzado en armas (*Landsturm*, no *Landwehr*) es algo digno de mencionar. Estos *partisanos*, según T. Derbent en *Clausewitz y la guerra popular*, “compensan la virtud militar con el valor, la destreza y el entusiasmo individuales”.

**La ciencia militar burguesa (Clausewitz, Delbrück) solo puede aportarnos una experiencia limitada, la experiencia en tanto que toda revolución es una guerra**

## LA EXPERIENCIA DE LA COMUNA DE PARÍS EN 1871

El 18 de marzo de 1871, durante la guerra francoprusiana, tras un estado de sitio sobre la ciudad de París que duró ciento treinta y un días, y la posterior rendición de la capital a los prusianos por parte del Gobierno republicano de Thiers, este trata de desarmar a los grupos federados obreros (la llamada Guardia Nacional). La clase obrera parisina se resiste, y lanza una ofensiva de masas que termina con el alzamiento de la bandera roja en el Hôtel de Ville y la proclamación de la *Commune*.

## En la Comuna de París, la disciplina y seriedad con la que el proletariado se organiza, acostumbrado al trabajo asalariado, sorprende a los visitantes

Aun con limitaciones, quienes más pensaron la cuestión de la táctica y la estrategia fueron los blanquistas, quienes desarrollaron un plan conjunto de barricadas que tuviera como objetivo “entorpecer a la tropa, sitiarla y protegerse del fuego de la artillería”, según S. Bernstein. La disciplina y seriedad con la que el proletariado se organiza, acostumbrado al trabajo asalariado, sorprende a los visitantes, que antes de pisar París daban por buena la versión de Versalles de que la Comuna era un atajo de vándalos y bandidos que imponían el caos. El delegado de la Internacional Serrailier afirmaría que “todo el mundo está en sus puestos como si fuera lo más natural del mundo”. Este orden se disuelve como un azucarillo en agua caliente cuando las tropas reaccionarias de Versalles se lanzan a conquistar la ciudad, y se deja paso a un voluntarismo histórico, así como a un pánico espontaneísta dentro de los muros. El Comité Central fracasa al organizar un plan general de defensa, y llama a la abnegación y al voluntarismo individual para defender la ciudad:

*“¡A LAS ARMAS! Que París se cubra de barricadas y que, tras esas murallas improvisadas, lance de nuevo a sus enemigos su grito de guerra, grito de orgullo, grito de desafío, pero también grito de victoria; porque París, con sus barricadas, es inexpugnable”.*

Esta llamada a la proliferación espontánea de barricadas, fáciles de levantar e imposibles de guarnecer (la mayoría de *communards* se quedaron a defender sus barrios y descuidaron las murallas, lo que permitió un acceso rápido a las tropas de Thiers) fue a todas luces contraproducente. En París sobraba abnegación, el llamamiento era estéril. Lo que faltaba era una estrategia global de defensa. Barricada a barricada, las fuerzas reaccionarias fueron aniquilando a un proletariado que solo tenía la abnegación y la dignidad como única arma, desatando la brutal Semana Sangrienta.

El movimiento comunista internacional tomará nota de todo esto: la única garantía del éxito es la incorporación de las masas obreras al gobierno del Estado y del Ejército. Un ejército popular, constituido por la clase obrera armada, es más poderoso que el más temible de los ejércitos regulares, si está bien organizado. Además, la revolución no es una tarea para almas bellas, es un error adoptar una posición conciliadora con unos enemigos que están armándose para destruirte. Una situación de “dualidad de poderes” no puede equilibrarse, y aunque parezca estable, a largo plazo terminará siendo dinamitada.

La masacre de París pesa como una losa en la memoria colectiva del proletariado, y servirá como motivación a las fuerzas bolcheviques para ser más eficaces al asentar la dictadura del proletariado.

## LA EXPERIENCIA BOLCHEVIQUE DE OCTUBRE DE 1917

De la derrota de la revolución de 1905, articulada sobre huelgas masivas que, en palabras de Lenin, “arrancaron todo al Estado menos el propio poder”, los bolcheviques extrajeron lecciones útiles, entre las que destacamos tres:

## Un ejército popular, constituido por la clase obrera armada, es más poderoso que el más temible de los ejércitos regulares, si está bien organizado

Primero, la insuficiencia de la conciencia tradeunionista y de la huelga de masas para conquistar el poder estatal. Segundo, la insuficiencia del terrorismo individual y de las acciones aisladas para combatir el zarismo. Y, tercero y último, la importancia de la forma sóviet como espacio de autoorganización del proletariado para la lucha por su emancipación.

La lucha económica fue concebida por Lenin y los bolcheviques como una “escuela de guerra”, un espacio en el que el proletariado se preparaba y endurecía en un contexto de relativa paz social. En el sóviet, esta experiencia práctica se cristalizaba en un plan para organizar la fuerza armada de la revolución. El sóviet se convertía de esta forma en la forma organizativa de la ofensiva proletaria, en el espacio para plantear la superación y destrucción del orden burgués; es decir, en la superación de la conciencia tradeunionista y meramente económica. También era el espacio de superación de la vía del terrorismo individualista, en la que muchos cuadros habían sacrificado su libertad y vida por un objetivo que realmente no tenía el impacto organizativo necesario para sostener las fuerzas.

Los años siguientes, en clave estratégica, vendrán marcados por la primera gran discusión dentro del marxismo en torno a los conceptos de estrategia militar y su relación con la política. Este debate se da a partir de 1910, con Luxemburg y Kautsky como protagonistas: la elección entre una estrategia de asalto (*Niederwerfungsstrategie*) o de desgaste (*Ermattungsstrategie*). Luxemburg defendería la madurez de las fuerzas revolucionarias para lanzarse a la confrontación abierta y la progresiva transformación de la conciencia económica en conciencia política a través de la lucha, mientras que Kautsky defendió un esquema de acumulación progresiva de fuerzas, alejando el momento de la confrontación final a un futuro indeterminado. Una estrategia que, según Kautsky, es más propicia para Occidente, donde el socialismo sería más fácil de instaurar pero más difícil de hegemonizar entre las masas proletarias, y donde cultural y legalmente sería más difícil justificar la acción violenta en el presente.

Martov trasladaría la posición kautskiana al balance de 1905, afirmando que “el intento de aunar la lucha por la libertad política con la lucha económica [...] no reveló el lado fuerte del movimiento sino su lado débil”, y Lenin, criticándolo, se adscribiría a la posición de Luxemburg. Esta posición eurocéntrica de acumulación de fuerzas caería como un castillo de naipes con la Primera Guerra Mundial y la consiguiente bancarrota de la Segunda Internacional.

## **Los años siguientes a 1910 vendrán marcados por la primera gran discusión dentro del marxismo en torno a los conceptos de estrategia militar y su relación con la política**

## **En la Revolución de Octubre, tarde o temprano, uno de estos dos poderes (el del Gobierno Provisional o el de los soviets) tendría que imponerse al otro, ya que el antagonismo existente entre ambos es tan poderoso que no pueden coexistir durante mucho tiempo**

Es imposible entender las Revoluciones de Febrero y de Octubre sin hablar de la guerra imperialista. La Revolución de Febrero será un levantamiento masivo que sacudirá el poder de los zares, provocando la abdicación de Nicolás II y la formación de un Gobierno Provisional, con Kerenski al mando.

Comienza un periodo que Lenin calificaría de “dualidad de poderes”, donde explicará la coexistencia de dos poderes, dos cosmovisiones, dos principios organizadores de la sociedad: por un lado los soviets de obreros, campesinos y soldados, cuyo objetivo es la transformación de la guerra imperialista en guerra civil y la construcción de la dictadura del proletariado, y por otro lado el Gobierno Provisional de eseristas y mencheviques, cuyo objetivo etapista y mecanicista era posponer *ad eternum* el momento revolucionario. Tarde o temprano, uno de estos dos poderes tendría que imponerse al otro, ya que el antagonismo existente entre ambos es tan poderoso que no pueden coexistir durante mucho tiempo.

Lenin volvería a Petrogrado esgrimiendo sus *Tesis de abril*, con una consigna clara: “Ningún apoyo al Gobierno Provisional, todo el poder a los soviets”, y la necesidad del uso de la propaganda y trabajo político para revertir la situación de minoría en la que se encuentran los bolcheviques. En julio, el general reaccionario Kornílov daría un golpe de estado que, como se demostró tiempo después gracias a unos papeles secretos, llegó a contar con la complicidad y el acuerdo de Kerenski para restaurar el poder zarista. El partido bolchevique seguirá una estrategia que resultará, a todas luces, exitosa: confluir militarmente con el Gobierno Provisional, ubicarse en el mismo bando militar para vencer el golpe de Estado, pero no darle ningún apoyo político al Gobierno Provisional y, en vez de eso, utilizar la confluencia en beneficio propio, ganando tiempo para armar al proletariado. En palabras de Albamonte y Maiello:

*“La acción de los bolcheviques durante la revolución de 1917 fue una verdadera escuela de cómo pelear a la defensiva (en minoría), multiplicando los ‘golpes habilidosos’, los medios ofensivos de la defensa. En el caso ruso, sin instituciones burguesas parlamentarias mínimamente formadas, con el poder en manos de los sóviets, estos ‘golpes habilidosos’ fueron fulminantes; ninguna excusa tenían los conciliadores que contaban con mayoría en los soviets”.*

El propio Stalin, en 1924, haría balance de la formación y desarrollo del ejército de los bolcheviques:

*“En realidad, los bolcheviques no tenían ni podían tener en marzo de 1917 un ejército político preparado. Lo fueron formando (y lo formaron, por fin, hacia octubre de 1917) solo en el transcurso de la lucha y de los choques de clases de abril a octubre de 1917; lo formaron pasando por la manifestación de abril, y por las manifestaciones de junio y julio, y por las elecciones a las dumas de distrito y urbanas, y por la lucha contra la kornilovíada, y por la conquista de los soviets. Un ejército político no es lo mismo que un ejército militar. Mientras que el mando militar comienza la guerra disponiendo ya de un ejército formado, el partido debe crear su ejército en el curso de la lucha misma, en el curso de los choques entre las clases, a medida que las masas mismas se van convenciendo, por propia experiencia, de que las consignas del partido son acertadas, de que su política es justa”.*

Esta estrategia defensiva tuvo su punto de no retorno hacia la ofensiva en octubre, cuando el sóviet de Petrogrado tomaría el poder en nombre del proletariado de toda Rusia. En palabras de Bettelheim:

*“Lo ocurrido el 25 de octubre [6 de noviembre en nuestro calendario] no es, pues, la consumación de una guerra popular ni la de una sublevación, sino una insurrección apoyada por las masas y ejecutada por fuerzas armadas según un plan establecido. Las fuerzas armadas proceden de la clase obrera y de las guarniciones, y operan con vistas a alcanzar los objetivos precisos que les han sido asignados por el partido bolchevique, de acuerdo con la fórmula leninista de «la insurrección es un arte”.*

El nuevo y frágil poder soviético se vio abocado a resistir y sobrevivir desde el primer día. En los primeros compases se puso en marcha la construcción en tiempo récord de un Ejército Rojo de más de cinco millones de personas casi desde cero, la ansiada paz de Brest-Litovsk para dar fin a la participación de Rusia en la guerra imperialista, las nacionalizaciones y medidas sociales para acabar con el hambre, o la construcción de una Tercera Internacional (Komintern) cuyo primer objetivo era extender por todo el mundo la revolución. Y venció. Resistió y sobrevivió esperando infructuosamente otras revoluciones; venció contra todo pronóstico, tras una especialmente virulenta y cruel guerra civil.

Lenin tenía la esperanza de que el proletariado de las naciones imperialistas tomara el poder, para así contar con valiosos aliados y poder extender el impulso revolucionario, pero esto no llegó a producirse. El horizonte revolucionario del KPD en Alemania quedó clausurado en 1923, tras la derrota de la insurrección espartaquista en 1919, tras construir el partido comunista más grande de toda Europa pero ser incapaz de organizar una revolución.

La Komintern daría cuenta de la dificultad de extender la ofensiva revolucionaria por todo el mundo, y comenzó a seguir una línea puramente defensiva, más preocupada en la supervivencia del poder soviético que en extender el comunismo. Volviendo al análisis clausewitziano, ataque y defensa son asimétricos. Los vaivenes estratégicos del frente único a los frentes populares, la idea del socialismo en un solo país, o el establecimiento y normalización de relaciones con el mundo imperialista serán ejemplo de este posicionamiento.

La estrategia seguida por los bolcheviques, de combatir en minoría, rehuir un enfrentamiento directo hasta que se esté preparado, y lanzar una insurrección sorprendentemente tranquila gracias

***Mientras que el mando militar comienza la guerra disponiendo ya de un ejército formado, el partido debe crear su ejército en el curso de la lucha misma***

***Lenin tenía la esperanza de que el proletariado de las naciones imperialistas tomara el poder, para así contar con valiosos aliados y poder extender el impulso revolucionario, pero esto no llegó a producirse***

al crecimiento de las fuerzas revolucionarias, a la neutralidad benévola de la mayoría de la población y al buen trabajo político dentro de los sóviets (tan tranquila fue la insurrección como violenta fue la reacción que desembocó en la guerra civil contra los blancos), guarda bastante relación con la estrategia que explicaremos en el siguiente punto, la de la guerra popular prolongada (cuyo ejemplo principal será China). La experiencia soviética es relativamente corta: el poder zarista, tan aparentemente eterno y en aparente paz perpetua en 1914, se desploma en tres años, terminando con la toma del poder de un partido que nació en 1903.

#### **LA EXPERIENCIA MAOÍSTA EN CHINA**

Desde su nacimiento en 1921, siguiendo las directrices de la Komintern, el Partido Comunista de China (en adelante, PCCh) llevará a cabo una política de colaboración y alianzas con la burguesía nacional, encarnada en el Kuomintang, el Partido Nacionalista Chino. El Kuomintang gobernaba China desde la revolución de 1911, que había derrocado la dinastía Ching, destruyendo la monarquía feudal y un régimen dinástico que se había extendido a lo largo de 2000 años. Los nacionalistas harían valer esta alianza en un “frente unido democrático” para debilitar al PCCh, y colocarlo en una situación subalterna y débil, haciéndole perder su referencialidad entre las masas y su independencia política. En su intento de mantener el equilibrio, el PCCh llegaría incluso a defender una línea derechista y pacificadora, a plantear como único objetivo la revolución nacional democrática contra el feudalismo y no el capitalismo. El contexto de guerra de liberación nacional contra Japón es el terreno propicio para esta capitulación.



Ni siquiera esta posición subalterna y debilitada del PCCh será suficiente para el Kuomintang: los nacionalistas no se contentan con la correlación favorable de fuerzas, y en 1927 rompen unilateralmente la alianza (no a pesar sino debido a la debilidad del PCCh) y se lanzan a exterminar sistemáticamente a miles de comunistas, que se verán obligados a realizar un éxodo masivo al campo por mera supervivencia.

El periodo que comienza inmediatamente después, consistente en la recomposición y reorganización de las fuerzas revolucionarias en bases de apoyo en el campo, será conocido como La Larga Marcha. Para escapar de la represión del Kuomintang, las fuerzas comunistas (en posición minoritaria dentro del propio Partido) se ven obligadas a recorrer 12.500 km durante dos años para llegar a las zonas controladas por Japón, libres de la represión del Kuomintang. Serán dos años durísimos, de penurias, desesperación y muertes, pero también dos años de profundo asentamiento en la sociedad rural china (el asentamiento en el campo había sido uno de los hándicaps de la Revolución Rusa y su problema con los kulaks), de debates ideológicos y clarificación de línea, de avances en la asunción de la posición comunista y, por supuesto, de recuperación de la independencia política y de la referencialidad entre las masas. Es en este duro proceso en el que Mao se forja realmente como líder del Partido, de un partido en una situación de debilidad y en una correlación de fuerzas muy desfavorable: “los comunistas chinos no fueron totalmente exterminados. Nuevamente se pusieron en pie, lavaron sus heridas, enterraron a sus camaradas caídos y continuaron la lucha”. De los 50.000 comunistas que salieron de Fukien, sólo 15.000 llegaron a Chensi. Heridos, agotados, diezmados, esos 15.000 campesinos serán la vanguardia política armada del Partido Comunista de China, el Ejército Rojo.

Este momento de ruptura fue realmente traumático para los comunistas chinos. Plantear una guerra popular en el campo parecía una herejía que contravenía las insurrecciones proletarias en Moscú y Petrogrado. Por si fuera poco, la guerra popular se lanzó contra las advertencias (y, a menudo, algo más que advertencias) de la Komintern, cuyo delegado en China había tildado a Mao de “traidor” y “fanático pequeñoburgués”. Para el modelo etapista defendido desde Moscú, las condiciones materiales no estaban maduras en China para una revolución proletaria, y el trabajo debía ser el de formar un frente único con las fuerzas nacionalistas burguesas del Kuomintang. Esta estrategia llevó al PCCh

## **Es en ese duro proceso de la Larga Marcha en el que Mao se forja realmente como líder del Partido, de un partido en una situación de debilidad y en una correlación de fuerzas muy desfavorable**

hasta casi su desaparición y aniquilación. La Larga Marcha, en cambio, mandaba otro mensaje muy distinto: no hay que esperar a que las condiciones estén maduras para demostrar que se puede vencer. Las fuerzas revolucionarias pueden, y deben, construirse en las luchas y choques de clases. Los cuadros del PCCh que más próximos estaban a la línea de la Komintern tuvieron que capitular obligados por la fuerza de los hechos. En estas condiciones, el Partido Comunista tendría una oportunidad histórica para crecer y extenderse por todas las regiones pobres de China y constituirse como una organización con una fuerza real para revertir la situación y amenazar el orden social establecido. Robinson Rojas plantearía un más que plausible ejercicio de intuición cuando afirmó:

*“Si Mao hubiera acatado la orden del Partido, y no la hubiera quebrado yéndose de todos modos al campo a dirigir la insurrección, lo más probable es que la China Popular se llamara ahora República Nacionalista China, estuviera dirigida por Chiang Kai-shek, y su Partido Comunista tal vez sería como es el de Italia, Chile o Francia”.*

Comenzó así una guerra civil que se extendió durante décadas. Mao terminaría refutando el viejo concepto de que los levantamientos tenían que comenzar en las grandes ciudades y señaló otro camino que resultó ser correcto para el contexto de China: establecer bases rojas en el campo, realizar la reforma agraria, librar una guerra de guerrillas y, una vez habiendo rodeado los centros urbanos gracias a un campo revolucionario en armas, tomarlos. La respuesta del Kuomintang no se haría esperar: Chiang Kai-shek lanzaría cuatro campañas de cerco y aniquilamiento para terminar con las fuerzas comunistas que resistían en el campo. Gracias a la ya analizada asimetría entre defensiva y ofensiva, el Ejército Rojo pudo repeler estos ataques, romper el cerco y debilitar a las fuerzas reaccionarias. En vez de lanzarse a una ofensiva sin estar preparados, el Ejército Rojo siguió creciendo, nutriéndose de fuerzas campesinas, y haciéndose fuerte al calor de la lucha y los enfrentamientos.



La estrategia era, en realidad, bastante similar a la seguida por el POSDR en Rusia. Aprovechar las circunstancias históricas dadas (en Rusia, la debilidad del Gobierno Provisional y el golpe de Kornílov; y en China la guerra de liberación contra la potencia imperialista de Japón) para constituirse como una fuerza política capaz de presentar batalla una vez llegado el momento. Se dieron también dos hechos bastante similares y que tuvieron mucha importancia en el desarrollo de la lucha: el Gobierno Provisional en Rusia se convirtió en una fuerza incapaz de repeler el golpe de Estado (no sólo incapaz, sino que llegó a negociar la restauración del poder zarista), el Kuomintang se convirtió en una fuerza colaboracionista con el imperialismo japonés (ante el avance de los comunistas, se constituyeron como una tercera vía negociadora), incluso también las fuerzas reaccionarias de Thiers negociarían la rendición de Francia con el Ejército prusiano (a cambio de la devolución de soldados franceses hechos pri-

sioneros, que serían enviados directamente a reprimir la Comuna). Estos hechos son cruciales, porque cambian la correlación de fuerzas y la distinción entre amigo y enemigo para el proletariado en general, no organizado –no olvidemos que el partido comunista necesita constituirse en una mediación de esta clase para que pueda existir–. Las contradicciones, respectivamente, ya no son democracia/zarismo, unidad nacional china/ocupantes japoneses, o Francia/Prusia. Las contradicciones pasan a ser: bolchevismo/zarismo, maoísmo/imperialismo y Comuna/Imperio.

A partir de 1937, y hasta 1945, la lucha contra Japón se intensificará hasta convertirse en una guerra de resistencia. La Unión Soviética prestaría apoyo militar, financiero y diplomático a la resistencia, al que se sumaría Estados Unidos después de Pearl Harbour y Gran Bretaña. El PCCh recuperaría la idea del frente nacional unido, unificando esfuerzos militares, pero esta vez guardándose de

***Como decía Mao en 1938, la guerra de resistencia era una etapa en la que la superioridad y ofensiva del enemigo se transformaría en una lucha prolongada, en la cual las fuerzas revolucionarias aumentan mientras que las del enemigo se desgastan***

prestar apoyo político al Kuomintang. Mao analizaría la situación en su artículo “Sobre la guerra prolongada” (1938), donde explicaría que la guerra de resistencia solo podía ser larga y llena de penurias: una etapa de superioridad y ofensiva del enemigo se transformaría en una lucha prolongada, en la cual las fuerzas revolucionarias aumentan mientras que las del enemigo se desgastan.

El ejército japonés atacó y avanzó incesantemente hasta ocupar casi la mitad de China, pero no pudo prever un conjunto de contraoperaciones dirigidas por el Partido Comunista detrás de la línea del frente, que contó con el apoyo de la población civil: en el paso Pigsinkuan, al norte de Shanshí, llegaría la primera gran victoria del PCCh. Este se extendería estableciendo más de diez bases de apoyo poco a poco, y multiplicando su ejército por veinte. Amenazado en la retaguardia, el ejército japonés se vio obligado a frenar su avance. En las bases de resistencia reinaba la unidad del pueblo chino contra la agresión japonesa, bajo la dirección del Partido Comunista. Los años siguientes fueron especialmente duros para las bases rojas: el KMT relanzó su segunda campaña anticomunista en medio de la guerra, y la mayor parte de la fuerza militar de Japón se enfocó en aplastar estas peligrosas bases de poder comunista, con campañas de “quemarlo todo, matar a todos, saquearlo todo”. La barbarie no solo se dirigió contra las bases rojas: miles de aldeas fueron devastadas.

Pero no lograron quebrar la resistencia del Ejército Rojo, acostumbrado a años de combate asimétrico. Minas de confección casera, túneles, cualquier medida ingeniosa era útil en la guerra de guerrillas para quebrar la fuerza del ejército imperialista japonés. Además, entre 1942 y 1943 se lleva a cabo una masiva campaña de ideologización y de formación en el marxismo-leninismo que consolidaría las filas del ejército. La situación se capeó con una fuerte estrategia, y comenzó a mejorar a partir de 1943. El Kuomintang estaba desintegrándose entre la corrupción, maquinaciones secretas, terror blanco y colaboracionismo con los japoneses. La heroica resistencia en Stalingrado logró cambiar el curso internacional de la guerra, que terminaría en 1945 con la entrada del Ejército Rojo soviético en Berlín y la derrota de las fuerzas fascistas. En agosto, la Unión Soviética barrió al ejército japonés en Kwantung, lo que permitió que la resistencia lanzara una ofensiva y conquistara las últimas 197 ciudades que conservaban los fascistas japoneses.

A la victoria contra la agresión japonesa no siguió la paz, sino la guerra popular de liberación,

que se extendería hasta 1949, con la consolidación de la revolución y la proclamación de la República Popular China. Con la pretensión de convertir China en una colonia estadounidense, ocupando el 70% del territorio, y envalentonado por el apoyo militar de Estados Unidos, Chiang Kai-shek se lanza a exterminar el Ejército Popular de Liberación y las bases rojas. El EPL fue consiguiendo sucesivas victorias. Un programa político de un frente unido dirigido por el PCCh y un programa económico de reforma agraria y redistribución de la tierra se ganaron rápidamente el entusiasmo y apoyo de todo el país.

Los últimos meses de 1947 serían definitivos: el EPL pasa definitivamente a la fase de ofensiva estratégica, con un avance imparable, y lanza tres campañas de cerco (Liaosi-Srenyang, Juai-Juai y Nankín-Shanghai) que saldrán exitosas. En agosto de 1949, Estados Unidos reconocía la imposibilidad de impedir la victoria del EPL en su *Libro blanco de defensa*, y Chiang Kai-shek buscaría una última artimaña de una salida pacífica, pero no le funcionaría, teniendo que huir a Taiwán. El 1 de octubre de 1949, en la plaza de Tiananmén, se proclamaría la República Popular China. Mao escribiría:

*“Nuestra revolución ha conquistado la simpatía y el júbilo de las masas populares de todo el mundo. Nuestros amigos están en todo el mundo”.*

## **RESISTENCIA Y REVOLUCIÓN EN LOS BALKANES: YUGOSLAVIA Y ALBANIA**

El Partido Comunista de Yugoslavia (PCY), desde su creación en 1919, se articuló sobre tres ejes: la cuestión democrática (hundimiento de la monarquía), las condiciones de vida de las clases populares, y el derecho de autodeterminación de los pueblos. El Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos dejaría paso a un Gobierno dictatorial, que prácticamente conduciría a la desaparición del PCY por medio de la represión y de la derrota.

El PCY contaba con cuadros militares con experiencia en combate: miles de voluntarios se alistaron a las brigadas internacionales para combatir el fascismo en la Guerra Civil española. La lucha heroica de los milicianos, en inferioridad pero con “cabeza dura”, conmovió a voluntarios de todos los países para hacer suya una guerra contra la temible maquinaria del fascismo internacional. Los yugoslavos, encuadrados en la Brigada XIII, posteriormente aportarían su valiosa experiencia militar en la revolución y guerra de liberación nacional en Yugoslavia. Estos exbrigadistas y partisanos eran conocidos en su tierra como los *Španjolci*.

El 27 de marzo de 1941 comienza la ocupación fascista de Yugoslavia. Hitler ya no se encontraría frente a un Partido Comunista Yugoslavo al borde de su desaparición, sino a un PCY que había logrado romper el cerco, ampliar su base y convertirse en la punta de lanza del antifascismo, una fuerza capaz de dirigir el movimiento de masas contra la ocupación. Los nazis dividirían el país en diez partes, división que tenía como principal objetivo espolear el odio nacional entre los pueblos balcánicos. Así, convertirían Croacia en su nación protegida, dando alas a sus ambiciones secesionistas con la construcción del Estado Independiente de Croacia (NDH), la llegada al poder de los ustachas y el intento de construcción de un “Estado étnicamente puro” a través del terror (allí levantaron, entre otros, el campo de concentración de Jasenovac, uno de los más extensos y mortales de toda Europa).

De nuevo, como en las experiencias antes analizadas, volvemos a encontrar una situación de dualidad de poder en las filas de la resistencia antifascista. Por un lado los partisanos del PCY, con Tito a la cabeza, y por otro lado las fuerzas monárquicas nacionalistas de los chetniks, con Draža Mihajlović como su dirigente. Espoleado por la política frente-populista de la Komintern, el PCY buscó construir un frente amplio que aglutinara no solo a las masas obreras sino también a actores de otras clases, como la pequeña burguesía o el campesinado. El PCY era la única fuerza que estaba en condiciones de dirigir ese frente popular: templados en combates y huelgas, con experiencia militar sobrada, era el único partido que rompía con la lógica nacionalista y podía llamarse genuinamente yugoslavo, lo que les permitía dirigirse a todo el pueblo trabajador de forma honesta.

La estrategia militar desarrollada será, como en otros casos, la de la guerra de guerrillas en condiciones asimétricas. La guerra que había planteado Hitler, basada en ataques relámpago (*Blitzkrieg*), era difícil de responder debido a su falta de estrategia militar; estas operaciones se parecían más a tirar una moneda al aire (si no tenían éxito a la primera, estaban condenadas al colapso total). Además, el recrudecimiento de la guerra en el frente oriental dejaría más margen de maniobra a los partisanos, que pudieron lanzar operaciones de guerrilla. Hitler estaba librando una guerra anticlausewitziana, mientras que los partisanos libraban una guerra clausewitziana. Aun así, los partisanos cometieron errores de carácter estratégico, como el ataque frontal contra fuerzas militarmente superiores en la efímera República de Užice, conquistada por los nazis en diciembre de 1941.

Con todo, el frente popular unido comenzó a resquebrajarse cuando comenzaron a dibujarse las dos líneas antagónicas que lo guiaban: revolución y contrarrevolución. Para seguir manteniendo los esfuerzos bélicos y el favor de Gran Bretaña, la URSS se mantuvo ambivalente ante este resquebrajamiento, haciendo llamamientos a la unidad entre chetniks y partisanos, pero las diferencias eran evidentes —el proyecto de Mihajlović era netamente nacional serbio, incluso intentó convencer a Tito de la necesidad de exterminar a musulmanes y croatas en las filas del ejército; mientras que los comunistas responderían con una lucha integradora de todas las nacionalidades y minorías étnicas en un solo ejército guiado por la “hermandad y unidad” (*bratsvo i jedinstvo*)—.

Los chetniks apostaban por una “resistencia pasiva”, basada en la inexistencia de condiciones para un levantamiento armado, mientras que los comunistas alertaban del peligro de posponer eternamente el levantamiento armado. El aumento de tensión y el fuego cruzado entre partisanos y chetniks provocó un acercamiento entre chetniks y ocupantes nazis: a mediados de noviembre de 1941, Mihajlović se reuniría con el Estado Mayor Alemán para pactar una tregua y colaborar, lo que, como en otras experiencias, dejó a las fuerzas partisanas como único referente de la lucha contra la ocupación nazi.

Tras varias victorias morales, entre las que destacamos la de Neretva (en la que los partisanos cruzaron el río cargando con sus heridos, dejando involuntariamente el mensaje entre la población civil de que nadie quedaba atrás), y derrotas como

**Hitler ya no se encontraría frente a un Partido Comunista Yugoslavo al borde de su desaparición, sino a un Partido Comunista Yugoslavo que había logrado romper el cerco, ampliar su base y convertirse en la punta de lanza del antifascismo, una fuerza capaz de dirigir el movimiento de masas contra la ocupación**

## **Los chetniks apostaban por una “resistencia pasiva”, basada en la inexistencia de condiciones para un levantamiento armado, mientras que los comunistas alertaban del peligro de posponer eternamente el levantamiento armado**

la masacre de Sutjeska, la revolución en Yugoslavia se asentaría con la construcción de las bases de un nuevo Estado y la liberación de Belgrado en 1944:

*“Tras tres años de guerra largos y fatigantes, Tito y los comunistas habían pasado de ser un pequeño y descoordinado ejército que se limitaba a defenderse y a mirar al cielo esperando a los paracaidistas soviéticos, a convertirse en protagonistas de una de las resistencias antifascistas más heroicas de la Segunda Guerra Mundial”* <sup>[19]</sup>.

El caso de Albania guardará bastantes similitudes con el caso yugoslavo. Después de una revolución burguesa que sería aplastada por el golpe de Estado contrarrevolucionario de Ahmet Zog, la monarquía albanesa se convertiría en una sucursal dependiente económica y políticamente de la Italia fascista. En abril de 1934, la situación de semicolonialidad fue más allá cuando Italia mandó su flota de guerra a Dürres ante la pasividad de Zog I.

Las revueltas democráticas se sucedieron y fueron aplastadas, pero un año después Zog se vería obligado a instaurar un Gobierno reformista liberal. Los pequeños grupos comunistas crecían en fuerza y capacidad organizativa, hasta el punto de poder dirigir huelgas, manifestaciones o la “demonstración del pan”. De nuevo, la Guerra Civil Española serviría como oportunidad para curtirse en la lucha contra el fascismo para miles de brigadistas albaneses, y así ganar una preciada formación militar. Bajo la directriz de unificación en torno a frentes populares que adoptó la Komintern en su séptimo y último congreso, las células comunistas comenzaron a unificarse en torno a dos puntos: los derechos nacionales y los derechos democráticos, lo que desembocaría en la creación en 1941 del Partido Comunista de Albania, posteriormente Partido del Trabajo de Albania, con Enver Hoxha a la cabeza (siendo uno de los partidos comunistas del mundo que más tarde se crearía).

La invasión italo fascista de Albania comenzó en 1939. Cuando la invasión se puso en marcha, Zog ni

siquiera planteó una defensa y se exilió en Londres, llevándose consigo una gran parte de las reservas de oro del país. Albania fue totalmente colonizada.

Los comunistas al principio fueron incapaces de responder militarmente por falta de fuerzas, y la resistencia tuvo un carácter más espontáneo. Para escapar la represión, formaron bases de resistencia guerrillera en las montañas. Ideológicamente, el PCA se movió entre dos fuerzas: por un lado la influencia de la Komintern y sus limitaciones, y por otro la influencia de la revolución china.

La guerra de guerrillas se intensificó, acercando a una mayor parte de la población, aumentando la capacidad operativa de las fuerzas revolucionarias. La situación daría un vuelco en septiembre de 1943, con la capitulación de la Italia fascista. El 18 de noviembre de 1944 se liberaría Tirana, y un par de semanas después Shkodra, la última ciudad en manos nazis.

Una reforma agraria basada en la expropiación de los terratenientes, la socialización de las industrias y creación de granjas de explotación colectivas fueron las primeras medidas de la joven República Popular Socialista de Albania.

***Ideológicamente, el PCA se movió entre dos fuerzas: por un lado la influencia de la Komintern y sus limitaciones, y por otro la influencia de la revolución china***

## RESISTENCIA Y LIBERACIÓN NACIONAL EN VIETNAM

Tras la Primera Guerra Mundial, la burguesía nacional y pequeña burguesía vietnamita se mostraron totalmente incapaces de dirigir un movimiento de liberación nacional contra la ocupación colonialista francesa. Las fuerzas nacionalistas, dirigidas por Phan Boi Chau y Phan Chau Trinh, habían mostrado poco interés y capacidades en la liberación nacional, y no sería hasta 1930, con el nacimiento del Partido Comunista de Indochina (PCI) —el partido político de la clase obrera—, cuando comenzó a delimitarse el objetivo de la liberación nacional. Entre 1930 y 1931 estallarían dos insurrecciones por parte de campesinos y obreros contra el colonialismo francés, que cristalizarían en los sóviets de Nghe An y Ha Tinh. Estos serían brutalmente reprimidos por el ejército francés.

El joven Partido Comunista tuvo que galvanizarse para resistir las acometidas colonialistas, y se extendió entre la población obrera y campesina. Siguiendo las nuevas directrices frentepopulistas de la Komintern, el PCI presentaría la línea del Frente Democrático, apelando a objetivos menos ambiciosos como la libertad de prensa y de reunión, y la amnistía para presos políticos, a la unidad interclase que también incluyera a los franceses progresistas que residieran en Indochina, o la flexibilidad con la pequeña burguesía para atraerla al partido.

Cuando estalló la II Guerra Mundial, las condiciones estaban "maduras" para que los comunistas pudieran dirigir la lucha por la independencia: una fuerza móvil y acostumbrada a resistir la represión, la aniquilación de su competidor el Partido Nacionalista (VNQDD) por parte de los franceses, y el ejemplo del Frente Democrático Nacional en China (con la caída de Francia en manos del ejército nazi, Japón ocupará Indochina, por lo que el PCCh y el PCI tendrán el mismo enemigo).

Como afirma Lacouture en su biografía, Ho Chi Minh constantemente tenía en mente dos ideas leninistas-clausewitzianas-maoístas, sobre las que volvía una y otra vez: la noción del "momento favorable" y el concepto de "enemigo principal". No es difícil pensar en estas dos ideas cuando Ho, en 1941, mientras Estados Unidos estaba entrando en la guerra, decide entrar en Vietnam desde China y fundar el Viet-minh, la Liga para la Independencia de Vietnam. Tras una estancia en prisión, volvería a mostrar una gran audacia para elegir el "momento favorable" cuando, en 1945, aprovechó la coyuntura del desarme de los franceses por parte de los japoneses, la correlación de fuerzas mundial y la



***Ho Chi Minh constantemente tenía en mente dos ideas leninistas-clausewitzianas-maoístas, sobre las que volvía una y otra vez: la noción del "momento favorable" y el concepto de "enemigo principal"***



capitulación de Japón ante los Aliados para lanzar la ofensiva estratégica en forma de insurrección general y declarar la independencia. Se trató de una insurrección relativamente tranquila, sostenida sobre los cinco años de largo esfuerzo y resistencia antifascista que habían convertido a los comunistas y al Viet-minh en la fuerza dirigente de la liberación. En marzo de 1946, el Estado francés se veía obligado a reconocer Vietnam como un “Estado libre”, pero este reconocimiento era papel mojado, fruto de la debilidad de Francia después de que su ejército fuera diezmado en la guerra. No tardó ni un año en declarar la guerra nuevamente al Viet-Minh en diciembre, bombardeando Haiphong.

Aquí brilló, por mérito propio, el nombre de uno de los más lúcidos estrategas de toda la historia del comunismo, el del comandante en jefe del ejército popular Võ Nguyên Giáp. Entendió desde el principio que Francia necesitaba una victoria relativamente rápida, y por ello planteó una estrategia defensiva, de estancamiento y desgaste. La clave para llegar al equilibrio de fuerzas era hacer que la carga de la guerra fuera insostenible para Francia, para asegurarse de que la burguesía francesa decidiese que no merecía la pena continuar. Y, después de llegar a ese equilibrio, plantear la ofensiva estratégica y el paso a una guerra de aniquilación. En palabras de T. Derbent:

*“Una guerra de liberación nacional puede alcanzar sus fines sin lograr una victoria militar decisiva; basta simplemente que gane ascendencia política sobre el poder opresor, haciendo que este sienta que no puede ganar la guerra, que el precio de la misma resulta insostenible para sus dirigentes o para la opinión pública [...] La guerra de Vietnam tuvo un doble carácter: liberación nacional [...] y una verdadera victoria militar, una batalla (o campaña) de aniquilación”.*

En sus *Instrucciones en una conferencia sobre guerra de guerrillas* (1952), Ho Chi Minh afirmaría:

*“El objetivo de la guerra de guerrillas no es combatir batallas a gran escala, sino morder al enemigo, hostigarle de tal modo que no pueda ni comer ni dormir en paz, no darle respiro, agotarle física y mentalmente y, finalmente, aniquilarlo.”*

La estrategia de guerra prolongada permitiría desarrollar las fuerzas y reunir más experiencia. Después del ataque sorpresa a los puestos de Phu Tong Hoa, de una victoria en Cao Bang y una dolorosa derrota en Vinh Yen provocada por las nuevas armas de aniquilación como el napalm, las fuerzas comunistas lograron sobreponerse.

En mayo de 1954, Giáp aceptaría finalmente el pulso que Francia llevaba años echándole, en la batalla definitiva en Dien Bien Phú. Las fuerzas coloniales francesas no entendieron que, precisamente por no haber rehuído el choque, eran los vietnamitas quienes llevaban el peso de la ofensiva en este momento, que las condiciones habían cambiado y que el momento de equilibrio estratégico estaba superado. Giáp describiría la batalla como “un ataque y un avance más lentos, pero más seguros [...] debemos atacar para vencer, atacar solo cuando tengamos la certeza de la victoria”. Los franceses, atrincherados y seguros de poder resistir cualquier asalto, se tuvieron que enfrentar a 55 días de asedio hasta que finalmente fueron derrotados. Un ejército formado por un pueblo que había sufrido décadas de agresión colonialista, con una economía agrícola relativamente primitiva y recursos muy limitados, había logrado poner en jaque y derrotar al ejército de una de las grandes potencias, sostenido sobre una inmensa industria bélica de alta tecnología y las más modernas armas de aniquilación. Y no sería la única vez en la historia de Vietnam en la que esto iba a ocurrir.

En julio, mientras los comunistas implementaban una política de reforma agraria y distribución de la tierra para consolidar la revolución, los imperialistas dividirían Vietnam a lo largo del paralelo 17º tras el Tratado de Ginebra. El norte sería para el nuevo Gobierno revolucionario y el sur quedaría

bajo la influencia de la antigua potencia colonial, convirtiéndose en dependiente militar y políticamente de Estados Unidos y con Ngo Dinh Diem como jefe del Gobierno títere.

La negativa del sur a convocar las elecciones propuestas para decidir sobre la reunificación y las campañas de terror desatadas contra comunistas provocaron el primer movimiento de resistencia en el sur, que se cristalizaría en el levantamiento dirigido por el Vietcong (Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur) en 1959. Ho Chi Minh resaltaría la necesidad de apoyarlos desde el norte y de luchar por la reunificación.

La Guerra de Vietnam, o Segunda Guerra de Indochina, duraría dos décadas y sería una de las más violentas del siglo XX. Estados Unidos llegaría a lanzar unos 7,5 millones de toneladas de bombas sobre Indochina, en una superficie de unos 500.000 km<sup>2</sup>, lo que superó con creces la masa de bombas lanzadas en la IIGM por ambos bandos. El ejército más poderoso del mundo tendría enfrente, nuevamente, a unos combatientes dispuestos a “luchar durante mil años” si fuera necesario, con una profunda implantación entre las masas pobres y dispuestos a seguir, nuevamente, una campaña de resistencia por todos los medios posibles. Comenzó a circular entre el pueblo la metáfora de la lucha entre un elefante y un tigre. Si el tigre busca un enfrentamiento directo será aplastado, pero si sigue la estrategia de atacar y esconderse, el elefante morirá desangrado. La idea clausewitziana de “guerra pequeña” y el dominio de la transición de las fases de la guerra fueron claves para la resolución del conflicto armado. Nos gustaría resaltar algunos aspectos:

***Las fuerzas coloniales francesas no entendieron que, precisamente por no haber rehuído el choque, eran los vietnamitas quienes llevaban el peso de la ofensiva en este momento, que las condiciones habían cambiado y que el momento de equilibrio estratégico estaba superado***

## **En Vietnam, el ejército más poderoso del mundo tendría enfrente, nuevamente, a unos combatientes dispuestos a “luchar durante mil años” si fuera necesario**

Primero, la necesidad de que la guerra sea popular, es decir, esté sostenida sobre el pueblo, especialmente por sus capas más oprimidas. Sin implantación entre las masas, una guerra de guerrillas como la librada por el Vietcong y el Ejército Popular estaría condenada al fracaso. Segundo, el no ceñirse a un plan establecido de antemano: tanto Giáp como el Vietcong pondrían en práctica una extrema flexibilidad entre las formas de organización, maniobra y combate, persiguiendo y amplificando ofensivas que salían victoriosas o poniendo fin a ofensivas que se estancaban. Este dominio de la “dialéctica entre lo defensivo y lo ofensivo” también tuvo sus limitaciones que costaron muchas bajas, como durante la batalla en el valle de la Drang, donde la fuerza militar aérea estadounidense fue letal.

La vuelta a la estrategia defensiva activa, según T. Derbent, “permitió transformar los pequeños avances cuantitativos del Ejército Popular en un cambio global de la correlación de fuerzas”, y convertir derrotas como el sitio de Khe Sanh o la ofensiva del Tet en victorias morales, al demostrar que las derrotas no habían debilitado a las fuerzas comunistas, sino que las habían hecho crecer y resistir con más entusiasmo y determinación contra la barbarie y el Agente Naranja. Además, el hecho que analizamos antes, es decir, el hacer inasumible la guerra para el país invasor, también jugaría un papel fundamental.

En 1972, las fuerzas revolucionarias estaban en disposición de plantear la batalla decisiva, la ofensiva estratégica general, con la Ofensiva de Pascua. Tres frentes simultáneos de la mayor parte del ejército norvietnamita desataron el caos en Vietnam del Sur, y aunque no lograron derribar el régimen títere, sí minaron absolutamente la moral de las tropas survietnamitas y estadounidenses. Tres años después, en 1975, la Ofensiva de Primavera terminaría con la toma de Saigón, la evacuación y retirada de Estados Unidos, y la ansiada reunificación.

### **EPÍLOGO**

Una de las lecciones importantes que, como comunistas, podemos extraer de este condensado recorrido por alguna de las estrategias militares proletarias es la necesidad de perfeccionar los mecanismos de lucha, la importancia de la caracterización de las fases de la guerra, y la flexibilidad para adoptar determinadas formas de lucha. Y, por supuesto, como colofón a todo, el carácter popular de la guerra: cualquier revolución está destinada a la derrota si no cuenta no solo con el apoyo de las masas, sino también con su trabajo efectivo. El ejército debe fundirse con las masas.

La forma de la insurrección tuvo éxito en las experiencias de París y Rusia, debido en parte al carácter imperialista de las potencias, y en parte a la extrema debilidad del Gobierno del Estado. Lenin, en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, plantearía esto con su concepto del “eslabón más débil de la cadena del imperialismo”.

En cambio, en experiencias posteriores, contra ejércitos infinitamente más temibles, el insurreccionalismo tuvo que ser sustituido por la guerra popular prolongada, donde el aspecto estratégico de la defensa activa es predominante. A través de la implantación entre las masas, el trabajo político y el desenmascaramiento del enemigo, se fueron ganando las fuerzas morales de la revolución y minando las de la contrarrevolución. Si lo pensamos, es curioso cómo podemos analizar la guerra popular prolongada como una *Ermattungsstrategie* no kautskiana. Como vimos, Kautsky entendía esta estrategia de desgaste y acumulación de fuerzas como coartada para prolongar el momento del asalto (ofensiva estratégica) *ad eternum* (y, en el camino, asegurarse de conseguir beneficios personales del parlamentarismo). En cambio, la guerra popular prolongada sí tiene en cuenta en todo el proceso el momento de asalto, su defensa es activa y sí sirve para construir las condiciones de la batalla decisiva y la victoria final.

**Cualquier revolución está destinada a la derrota si no cuenta no solo con el apoyo de las masas, sino también con su trabajo efectivo**



Y para ello, los análisis de Clausewitz se tornan especialmente relevantes, no para sacarlo a relucir como argumento de autoridad ni para aplicar mecánicamente sus ideas, sino para hacer un “uso crítico, pero metódico, del arte militar burgués: el carácter popular y proletario de la guerra revolucionaria no invalidó todas sus propuestas, sino que permitió ir más allá de lo que las limitaba y sentar las bases de una ciencia y un arte de la guerra proletarios de nuevo tipo”, según T. Derbert.

En *Thomas Müntzer, teólogo de la revolución*, Bloch cuenta que, cuando los campesinos liderados por Müntzer volvían a sus casas después de su derrota en su guerra contra los príncipes en 1525, volvían cantando una canción que decía “nuestros hijos se batirán mejor que nosotros”. Incluso en la derrota reciente, solo podían pensar en la posibilidad de la victoria en un futuro. Aprender de las experiencias revolucionarias de nuestro pasado y dedicar tiempo y fuerzas a pensar sobre cuestiones estratégicas es imprescindible para estar a la altura, para conseguir batirnos mejor en la guerra de clases. ●

**La guerra popular prolongada sí tiene en cuenta en todo el proceso el momento de asalto, su defensa es activa y sí sirve para construir las condiciones de la batalla decisiva y la victoria final**



#### REFERENCIAS

CLAUSEWITZ, Carl von, *De la guerra*, Madrid: La esfera de los libros, 2005.

DERBENT, T., *Clausewitz y la guerra popular*, Madrid: Dos Cuadrados, 2024.

MARX, ENGELS, LENIN, STALIN, TROTSKY, MAO, CHE, *Lucha de guerrillas*, Gijón: Júcar, 1979.

NEUBERG, A. *La insurrección armada*, Euskal Herria: Boltxe, 2023



---

**Publicación**

**ENERO 2025**

EUSKAL HERRIA

---

**Coordinación,**

**redacción**

**y diseño**

**GEDAR LANGILE**

**KAZETA**

---

**Web**

**GEDAR.EUS**

---

**Redes sociales**

TWITTER E

INSTAGRAM

**@ARTEKA\_GEDAR**

---

**Contacto**

**HARREMANAK@**

**GEDAR.EUS**

**Suscripción**

**GEDAR.EUS/**

**HARPIDETZA**

---

**Edición**

**ZIRRINTA**

**KOMUNIKAZIO**

**ELKARTEA**

AZPEITIA

---

**Depósito Legal**

**D-00398-2021**

---

**ISSN**

**2792-453X**

---

**Licencia**





The background is an abstract watercolor composition. It features several overlapping, organic shapes in various shades of red, from deep crimson to bright orange, and a central yellowish-orange shape. The edges of these shapes are soft and blended, with some white space between them, creating a layered, textured effect. The overall color palette is warm and vibrant.

**arteka**